163

P. Maurí y Ribes

6

Hijas del Cid

LAS HIJAS DEL CID,

DRAMA HISTÓRICO

en tres actos y en verso,

ORIGINAL

de

D. Gerónimo Borao. y Clemente.

1821-1878



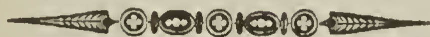
ZARAGOZA,



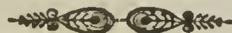
Establecimiento Tipográfico,
Calle de Torresecas, núm. 21.
1842.

PERSONAGES.

DON RODRIGO DIAZ DE VIVAR, *apellidado el* Cid.
DOÑA SOL, *su hija.*
DON SANCHO, INFANTE DE ARAGON. (*bajo el nombre de Rogerio*)
FERRAN GONZALEZ. } *Condes de Carrion.*
DIEGO GONZALEZ. }
ORDOÑO BERMUDEZ.
PEDRO BERMUDEZ.
MARTIN ANTOLINEZ.
NUÑO GUSTIOS DE LINCUELLA.
IÑIGO JIMENEZ, *mensagero de Aragon.*
OCHOA PEREZ, *mensagero de Navarra.*
JIMEN, *escudero de Don Sancho.*
INÉS, *camarera de Sol.*



SIGLO XI. — AÑO 1134 DE LA ERA DEL CESAR, (1096 DE J. C.)



La escena es en el Alcázar de Valencia.

AL LECTOR.



Como sea mi primer drama presentado al público este que ahora le ofrezco, no se me llevará á mal el que, á poder de alguna advertencia (que en otra sazon tal vez pasára por signo de pedantería, ya que no de orgullo), procure convertir en menos dura la crítica desfavorable, á que no dudo se presta mi obra, aun considerada como ensayo.

Dado que los pocos años acostumbran á inspirar mas valentía que valor, me asaltó á mì, jóven de veinte, la de presentar en la escena uno de nuestros grandes héroes; y en tal caso, tras ligero debate conmigo mismo, me decidí por el *Cid*, no empero porque desconociese la lucha desigual que iba á sostener con Guillen de Castro, Corneille y Delavigne. Sin embargo de que, como, á trueque de no esponerme á la comparacion con ellos, resolviese abandonar el terreno que los dos primeros pisaron, y que por cierto era el mas dramático; ya con eso aflojó un punto la tirantez de mi osadía, consistiendo esta no mas que en la persistencia con respecto á la eleccion del héroe, á cuyos hechos busqué entonces el punto de vista único bueno, entre los no desempeñados por la poesía.

Respecto al género á que este drama pertenezca, como quiera que á alguno ha de pertenecer, no me daré la importancia de apuntarlo, toda vez que no lo forma aparte. He procurado, sí, aprovechar, mediante al estudio, que con mas ó menos detencion he hecho de los teatros antiguo y moderno de España y Francia —los mas importantes actualmente— todo lo que, no contraponiéndose, pudiera conducirme á un resultado favorable. Confieso, sin embargo, que me ha seducido mas la rigidez clásica que la balumba moderna, por-

que, á decir verdad, en ningun teatro, ni aun en el nuestro antiguo, he visto comedia histórica acreditada, que haya aumentado notablemente el enredo que resultase directa ó indirectamente de la historia; sobre que ni me desagrada el principio del juiciosísimo Marmontel, cuando coloca entre los errores de los dramaturgos la creencia de que todo lo que interesa es bueno para el teatro.

Respecto á las unidades, he observado, á mi parecer, la de accion, me he avenido con la de lugar (que, como dice Lista, es máxima de convencion que no debe infringirse), y he hecho lo posible por reducir á mi plan la de tiempo, á la cual no he faltado inmoderadamente.

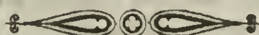
Por lo demas, escasas son las veces que en el drama he modificado ó comentado la historia, y aun de esas nunca sin que me haya escudado el axioma literario de que no debe el poeta contar las cosas como sucedieron, sino como debieran ó pudieran haber sucedido probable ó necesariamente; porque sabido es que, mientras se acepta en el teatro la falsedad verosimil, se rechaza la verdad improbable.

He introducido en mi obra, como muy adaptable á ella, la pasion del amor, pero combatida poderosamente por el deber, lucha que, como otras eminentes bellezas, nos ha regalado el cristianismo, y única combinacion en que Voltaire tolera el amor; el arribo á esta ventaja me ha costado echar mano de un personage histórico, el solo posible que, compadeciéndose con mi drama, podia animarle sin violencia.

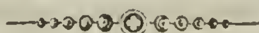
El carácter de los personages he procurado sostenerlo, aun á costa de haber avanzado algo sobre los datos históricos, pero siempre por la via de la probabilidad, y como para cubrir la desnudez repugnante de sus miembros, siquiera con una piel de oso que no los afeminase.—El lenguage lo he cuidado, aunque enemigo de los atavìos: en lo demas, como los vicios originales nunca ceden á la correccion, para valerme de una frase de Jovellanos, el lector mirará con indulgencia los muchos que advierta en *las Hijas del Cid,* nunca tan mal paradas como ahora bajo mi pluma.



ACTO PRIMERO.



CÁMARA DE SOL.—PUERTA AL FONDO, QUE ES LA ENTRADA GENERAL, Y OTRA Á LA DERECHA QUE DÁ Á LAS HABITACIONES INTERIORES.



ESCENA I.

BERMUDEZ, INÉS.



BERMUDEZ. Esto es mi intento saber
de tí como camarera,
pues me acosa en tal manera
este viage desde ayer,
que, á no mediar lo avanzado
del tiempo, tal vez, cual suelo,
dijera al Cid el recelo
que sus yernos me han causado.
¿Nunca en Sol has sorprendido
la oculta pena que siente?
¿No han sonado aun fuertemente
sus sollozos en tu oido?
Háblame, Inés: y yo sepa
si Elvira y Sol ván vendidas,
pues quiero que en sus heridas
alguna parte me quepa.

INÉS. ¿Estamos solos? (*Mirando á su alrededor.*)

BERMUDEZ. Sí á fé,

que, no sin gran precaucion,
me sustraje á la atencion
que en la cámara escité.

INÉS. Entonces, Señor, oid,
y ved si en esta partda
alguna trama hay urdida
contra las hijas del Cid,
Ya vos sabeis cuán sin ley
fué esta boda inopinada.
allá en Requena ajustada
por Alfonso nuestro rey;
y aunque al Cid no le pluguiese,
y la lloràra Jimena,
dijeron: «El rey lo ordena,
y basta que le interese.»

BERMUDEZ. No contra el Cid te dirijas,
que yo proferir le oí:
«pues mandais, Alfonso, en mí,
dad á quien querais mis hijas.»
A fuer de obediente obró,
pues antes, por defendellas,
con dignidad para ellas
la flaca edad alegó:
Y asi, Inés, no me relates
lo absurdo del casamiento,
ni aquel finjido contento
hoy de referirme trates:
Dí si mis primas devoran
algun desaire sufrido,
si es que acaso han presentido
males que ocultan y lloran;
dilo, y verásme volar
en busca de los Infantes,
tan buen soldado como antes,
para á mi sangre vengar.

INÉS. Alcanzo que es desafuero:
Vénia Rodrigo les dió,
y valedera.

BERMUDEZ. Eso no,
que padre es.

INÉS. Y caballero.

BERMUDEZ. ¿Y si á entrambos por deber
como cobardes delato?

INÉS. Fuerais en ello insensato,
á todo mi leal saber;
atended sino á Ferrán,

que en la reciente matanza
cabezas trajo en su lanza,
y en sangre tinto el gabán.

BERMUDEZ. ¿Y sabes á qué mandoble
cayeron esas cabezas,
y quién la lanza hizo piezas,
por ser guerrero y ser noble?
Ordoño.

INÉS. ¡Ordoño!

BERMUDEZ. Aunque mas
rencor á Ferràn guardase,
por su propio lustre y clase
tiròlo entonces atrás,
salvando al Conde.

INÉS. Ya roto
el velo que me cubriera,
culpable callando fuera,
todo riesgo, aunque remoto.

BERMUDEZ. Con que, en fin, tú ya tenías
recelos que combatir?
Esos de tí vine á oir;
por ellos hace seis dias,
desde el fatal del proyecto,
tan solo en él he soñado.

INÉS. Buen llanto hame ya costado,
que la ignorancia la afecto.
Yo junto al Cid educada,
teniendo honradez por lema,
jamás cayera en la tema
de que Sol fuese burlada
por un valiente y un noble:
mas pues lo veo cobarde,
del corazon, aunque tarde,
vereis el último doble.
Las hijas del Cid inclinan
el cuello á su dura suerte,
y callan, cuando á la muerte,
ó á la deshonra caminan.

BERMUDEZ. ¿Y ellas lo saben?

INÉS. Presumen
su desventura á lo menos.

BERMUDEZ. ¿Y asi con ojos serenos,
sin mentarla, la consumen?

INÉS. Saben harto que la furia
del Cid, una vez probada,
ya no se viera aplacada,

sino vengando la injuria.

BERMUDEZ. ¿Y qué malo en ello hubiera?

INÉS. Nada, á sernos conocida
ya su trama.

BERMUDEZ. Por mi vida
no es ya casi verdadera?
¿no exigieron el permiso
al aplazar de unos juegos?
¿y no esquivaron los ruegos
que hacerles Jimena quiso?
¿Ni á quién ocultas están,
escepto al Cid que lo ignora,
las iras que aun atesora,
en contra Ordoño, Ferrán?
Y esto ¿porqué? porque afea
que dos nobles jactanciosos
ante un leon corran medrosos
en la pública asambléa.
A bien que presto á Vivár
de los Condes hablaré,
y si revoca veré
esta marcha singular.

INÉS. Id: con Sol pondré yo toda
mi eficaz intercesion,
mas.... cuidad no hagais mencion
del origen de la boda.

BERMUDEZ. ¡Cómo! habrá peligro en ello?

INÉS. Vos conoceis bien al Cid,
y, atento á eso, discurrid
si pudierais convencello.
De sus palabras esclavo,
y ante una corte orgullosa,
no pidiera Alfonso cosa,
que no le otorgára al cabo.
En fin, habladle vos antes;
que aunque Sol es inocente,
pudierais...

BERMUDEZ. ¡Cómo!

INÉS. ¡Imprudente!
Nada dije...* Ah! ¡Los Infantes!!!
(* *Mira en torno suyo á punto de asomar los condes, que hablan para sí*)

ESCENA II.

BERMUDEZ. FERRÁN GONZALEZ. DIEGO GONZALEZ.

BERMUDEZ. Gran Dios! De qué condicion
será tal solicitud,
que así ha osado la virtud
de Sol poner en cuestion?
Mas ya están aquí: parece
que departen los traidores;
callaréles mis temores,
aunque á sentirlos empiece.
DIEGO (*al paño*) Convencióse de buen grado.
FERRÁN. Hoy con ellas marcharemos,
y así á Ordoño dejarémos,
con nuestra marcha, burlado.
Pero Bermúdez, à vos
réstanos el saludar,
pues vamos hoy á marchar
à nuestras tierras los dos.
BERMUDEZ. ¿Solos?
FERRÁN. ¡Oh! no tanto, primo,
que dejemos de llevarnos
á Sol y Elvira.
DIEGO Culparnos
pudieran de no.
FERRÁN. Yo estimo
mucho á Sol, para privarle,
tan en flor aun nuestras bodas,
del homenage que todas
deben en Carrion prestarle.
DIEGO. Y aunque hoy se alejen, quizá
muy presto tornen á veros,
y entonces por sí à ofreceros
lo que las demos allá.
BERMUDEZ. Y el Cid hoy el viaje abona,
que á mañana difirió?
FERRÁN. En esta lo he dicho yo
al mismo Cid en persona.
BERMUDEZ. Y á sus hijas?
DIEGO. Yo por mí
dias ha que la previne.
FERRÁN. Yo hace poco á hablarla vine,

y, claro està, me dió el *sí.*
Mas, Bermúdez, hoy observo
tristeza estremada en vos,
y siéntolo, vive Dios,
por el amor que os conservo.

BERMUDEZ. A no haberme vos causado
los tormentos que hoy abrigo
la mano os diera de amigo,
que tal siempre os he llamado.

FERRÁN. Cuando estrecho lazo anuda
nuestro cariño perfecto,
responderéis á mi afecto,
con esa imprudente duda?

DIEGO. Insultarnos es, por Dios!
Y andáos mucho á la mano,
que la afrenta, ni al villano.

BERMUDEZ. Por eso sufrísla vos.
Por eso, culpando al Cid
(pues á tanto os atrevisteis),
lo infamasteis, mas sufristeis.

FERRÁN. Basta Bermudez; decid
cuál fué el aleve testigo
de esa calumnia supuesta.

BERMUDEZ. El que á decirlo se apresta...

FERRÁN. A quién?

BERMUDEZ. Al mismo Rodrigo.

DIEGO. ¿ Y pensais que haya de dar
á tal absurdo su asenso?

BERMUDEZ. De la suerte que lo pienso,
no lo podrá desdeñar.

FERRÁN. Quizá á la impostura dando
larga parte en vuestra queja,
tramas la malicia teja,
nuestro apellido manchando.

BERMUDEZ. Honrado quedò pardiez,
cuando, sañudo un leon,
corrió á sabor el salon:
pues, dejando el ajedrez
entonces los caballeros,
que de tales se preciaron,
el su manto sobrazaron,
requiriendo los aceros.
Y víos en tanto yo,
cuando os dabais á la huida,
cuando allí, buscando vida,
muerte vuestro nombre halló.

Cómo no reconveniros
despues Ordoño ágriamente?
Y si, con él insolente,
quisisteis parar sus tiros,
porqué á una bestia temblábais
y tanto el rostro volvisteis,
que aun recoger no pudisteis,
la vergüenza que os dejabais?

FERRÁN. No domadores de fieras (*con fria indiferencia.*)
tendreis en Carrion quiza;
mas ved si la nuestra està
entre las lanzas primeras.

BERMUDEZ. Ni en esa vuestra temida
fió el que os ha aconsejado.

DIEGO. Cómo!

BERMUDEZ. A Ferrán lo hubo dado
y á vos el Cid; que, entendida
por él tan rara indolencia,
merced os hizo, diciendo
que,en vez del marcial estruendo,
gozaseis paz en Valencia.

FERRÁN. Jamás pensé en acusaros
de audacia tan manifiesta.
¿Es que vos nuestra respuesta
no sabeis? Fué pues, que, avaros
del lustre que recibimos,
dejamos la innoble holganza,
y, en busca de la matanza,
al lado del Cid salimos.

BERMUDEZ. Bien: pero ahora os cumple oirme. (*aproxímasele.*)
Tengo mi pecho ulcerado,
y es porque un mortal cuidado
mantengo en el alma firme.
Acciones de ambos hirieron
en otro mi corazon,
y mis ojos la razon,
para borrarlas, pusieron.
Mas fué mi intencion fallida,
porque, no bien la abrigára,
cuando hubo quien me trazára
vuestra súbita partida.
Sé que mis primas á veces
de flojedad os culparon,
y aun sé que entrambas probaron
tambien vuestras esquiveces.

Lo cual, y á mas la sazon
que buscasteis para el viaje,
amengua el claro linaje
de unos condes de Carrion;
que mejor os estuviera
lucir el marcial despejo
en el público festejo
que presto al hidalgo espera.
Háme confuso dejado
esto y mas que sé de vos,
y..... ó no partireis los dos,
ó habréis de sufrirme airado

ESCENA III.

EL CID. DICHOS.

CID. (*al paño*) Vos, Pero-Sanchez, mandad
que se armen cien caballeros:
á su frente quiero veros.....
con que, á Dios, y despachad.

DIEGO. (*ap.*) Perdidos, Ferrán, estamos,
si algun recadero habló
de parte de Ordoño.

FERRÁN. No;
que el secreto le encargamos

CID. Gracias, Infantes, á mí
dispuesto todo teneis
para la marcha; ya veis
que nada remiso fuí.
De Alvar Fañez y Jimena
podeis la salud tomar,
porque ambos la habrán de dar,
si quier os la den con pena.

DIEGO. Con vuestra venia... (*humillándose.*)

BERMUDEZ. Yo tengo (*con viveza.*)
Rodrigo, de hablaros antes.

CID. Que me place. Idos Infantes. (*lo hacen*)
Tambien á hablarte yo vengo. (*á Bermudez.*

ESCENA IV.

—

CID. BERMUDEZ.

BERMUDEZ. Atento, pues, he de estaros,
como quiera que yo exijo
de vos lo mismo.

CID. Colijo
ya tu empeño.

BERMUDEZ. Es revelaros
lo que aun ignorais.

CID. Sabidas
sonme tus raras sospechas,
y quiero verlas deshechas;
muertas, como mal nacidas.
Inés de hablarme concluye:
mas su liviano recelo,
si en ella denota zelo,
en tí rencores arguye.
Sabe, ademas, que es baldon,
que los condes no merecen,
culparlos, cuando me ofrecen
su apoyo aquí, y en Carrion.

BERMUDEZ. Jamas atentado hubiera,
yo que de cortés blasono,
contra hombre que al pie del trono
y al pie del altar se uniera.
Sé que atajarme podeis,
en vuestro porte fiado,
y que acaso mi cuidado
de imprudente tachareis.
Dejad, empero, Señor,
que dude tambien de todos
quien mira por tantos modos
en peligro vuestro honor.
Y catad que á Sol y Elvira,
pedazos del alma vuestra,
no dén con mano siniestra,
en vez de tálamo, pira.

CID. Depon, Bermudez, el susto
que te turba á tal estremo;
ni yo á los Infantes temo,
ni que los temas es justo.
Considera que mi enojo
debe imponerles, y es llano

que en mí no armarán su mano,
por si el guante les recojo.

BERMUDEZ. Cual fuerte habeis discurrido,
en tanto que, aviesos ellos,
habrán de esquivar sus cuellos,
cuando el nuestro hayan herido.

CID. ¿Y acaso de su cervíz
podrán mi saña alejar,
si álguien los llega á culpar,
no de crímen, de deslíz?
Ni cuál tan enorme falta
severo en mis yernos vés?

BERMUDEZ. Oid la mayor, pues es
la que mis dudas exalta.
No sabeis que, à vuestro abrigo *(acercándose)*,
conspiran los de Carrion,
en larga y estrecha union,
con Búcar, nuestro enemigo?

CID. ¿Conspiran?...¡cómo! ¿en Valencia?

BERMUDEZ. Por cartas que trae vil mano
del campo moro al cristiano
con esquisita impudencia.

CID. ¿Y ese convenio es antiguo?

BERMUDEZ. Tal se suena.

CID. De ese modo
por falso tengo ya todo,
y que es enredo averiguo.
¿Con Búcar hallarse pueden
acordes, como me pintas,
cuando en jornadas distintas
ante él el campo no ceden?
Acordàrsete debía
que á los Condes relevé
de salir al campo, y fué
vana entonces mi porfía.
Y no es que negarte quiero
la sorpresa que me cupo,
ver que Ferràn ir no supo
del ajedrez al acero;
mas de una mora cabeza
dióme despues el presente,
y no me tendrás consiente,
si amenguas tú su nobleza.

BERMUDEZ. Suplico para mi zelo
dispensa, Señor, si erré.
Mas ved.... *(con énfasis)*

CID. Basta (*reparando en Sol*). Yo hablaré
de ello con Sol.

BERMUDEZ. Gran consuelo
daréisme en eso, Señor.
Plegue á Dios que ella lo tenga,
y así su llanto prevenga
lo que no pudo mi amor. (*váse abatido*)

ESCENA V.

EL CID. SOL, *que ha despedido con una seña á Inés.*

SOL. Padre y Señor, vuestro acento
pude oir, aunque confuso,
desde esa cámara mia,
donde en silencio consumo
secretos, que mi prudencia
hasta á vos los hizo ocultos.
Pocos momentos me restan,
y decir hé cuánto sufro
al pensar que he de ausentarme
de mi padre, á los tres lustros.

CID. No me admira esa tristeza,
despues que un proyecto absurdo
Bermúdez comunicóme.
Mas, dime, que ya te escucho.
Del de Carrion desconfías?

SOL. Primero de mí.

CID. Qué anuncio
turbóte, pues, en tal guisa,
que así en silencio profundo
recatas de mi un agravio,
que deploras como tuyo?
Si temes que esgrima el moro
en tí su alfange sañudo,
pues aun para mí en Damasco
no se ha templado ninguno,
yo os daré para que os guarden
à Pero-Sanchez y Gustios:
Ya en tanto mil marcos de oro,
que aquesto en suerte les cupo,
dí á los Infantes, con mas,
sendas vasijas del puro:
que esto los dos merecieron,
por mas que en palacio alguno

sospeche en ellos bajezas,
que cuadran mal á su orgullo.

SOL. Bien, padre: yo me resigno;
qne si sospechas oculto,
livianas fuerza es que sean,
pues que el temor me las trujo.

CID. ¡Cómo! juzgas que esta marcha
cobije el dañado fruto
de algun amaño, que baste
á abrirte, ausente, sepulcro?

SOL. Nunca tal he yo pensado;
aunque hàme causado susto
oir á Inés y á Bermudez
tanto atronador discurso.

CID. Hora es ya de que confíes
en este brazo robusto,
que tantos tronos soberbios
á leve polvo redujo.
Y asi, deja las consejas
y los sueños de Bermudo,
que en mas seguros principios
tu marcha y tu dicha fundo.

SOL. Líbreme, Dios, padre mio,
de faltaros en un punto;
ni yo de poco informado,
desobediente, os acuso,
ni menos en los Infantes
desprecios, que ignoro, culpo.

CID. Ea, Sol: basta, hija mia;
enjuga ese llanto puro,
pues yo, que nunca he llorado,
tambien hoy por tí lo enjugo.
La ausencia nuestra te aflije,
y el negarla fuera injusto,
que no has de tardar en verte
por siempre unida á los tuyos.
A Dios: Jimena y Elvira
me aguardan; tú ven al punto.
(*tomándola por la mano, y con voz terrible, aunque baja.*
Mas si algun secreto abrigas,
ó esperas algun insulto,
dímelo, Sol; por mis canas,
y por tu Dios te conjuro.

———

ESCENA VI.

SOL, INÉS *á poco, y al fin* **ROGERIO.**

SOL. Su labio así me conforta,
que, tardo á su voz y mudo,
el mio esplicar no sabe
los males que ya calculo.
¡Cuánto padezco!
INÉS. Señora, (*sale con precipitacion*)
¿por suerte Ordoño os indujo
á dar nuevas á Rogerio
sobre el enlace?
SOL. No injurio
así mis vínculos, falsa;
pude enlazarme á disgusto,
y aun oponer á mi padre
para mis bodas efugios;
mas una vez ya sujeta
de grado ó por ley à un yugo,
no me deshonres, creyendo
que llegue á culparme el mundo.
INÉS. Y no pudierais, con eso,
haberle dicho el impulso,
que, torciendo vuestro amor,
á nuevo enlace os redujo?
SOL. Ni aun eso, Inés.
INÉS. Y si él mismo...
SOL. ¡Còmo! ¿Quién profanar pudo
el alcázar de mi padre,
à quien no ha osado ninguno?
ROGERIO. Si álguien viniere, una voz. (*rápidamente al paje*)
(*avanzando*) Por fortuna, nadie puso
los ojos en mí.
INÉS. Miradle!!
SOL. ¡Gran Dios! huyamos!
ROGERIO. ¡Qué escucho!
Huir! y de mí!
SOL. (*con dignidad*) Por dónde
el osado se introdujo
hasta la cámara mia?
INÉS. Si viniesen! cuânto susto
me dió el incógnito!
ROGERIO (*con imperio*) Inés,
cuida que no entre ninguno.

ESCENA VII.

SOL. ROGERIO.

ROGERIO. Por fin, hermosa Sol, tras larga ausencia,
Larga para mi amor, torno á tus brazos,
Y, mas que nunca firme, vengo á darte
Con ellos la espresion de mis cuidados.
Héme en Valencia ya; tan tu cautivo,
Como la vez primera que juramos
Del uno el otro ser. ¡Cuánto de angustia
Cupo á mi corazon desesperado,
Mientras sin tí, sin mi adorada prenda,
Solo pensé en la guerra y el rebato!
Mas ¿qué te oprime, Sol? ese silencio
Me das ¡infiel! de mi ternura á cambio?
Habla ya.

SOL. ¿Para qué? Ni qué palabras
Pudieran emanar hoy de mis labios,
Que no diesen un golpe á tu esperanza,
Golpe de muerte, si tu amor no es falso?

ROGERIO. ¿Qué profieres? ¡no aumentes mi martirio,
Velàndome el misterio de ese arcano!
Plázcate descifrar....

SOL. (*ap.* ¡Lo ignora todo!)
¿Y en premio cumpliréis con mi mandato?

ROGERIO. ¿Merezco yo el castigo de esa duda?
Sí cumpliré.

SOL. (*con abatimiento*) Pues idos: me han casado.

ROGERIO. Y era cierto! No, no: dí que has mentido;
Dilo, porque no muera aquí tu esclavo
Con este gran querer. Cielos! y á serlo
¡Cómo apurar pudiera el hondo vaso
Sin espirar al punto! No, Sol mia;
Véme tranquilo ya: de suerte te amo,
Que solo de cobarde, y un momento,
Creyéndote faláz, necio he pecado.

SOL. No: culpadme, Rogerio, si así os place,
Mas respetad mis votos.... alejáos.

ROGERIO. Con que es verdad! con qué á un mentido afecto
Pospusiste la fé que te consagro!
¿Será que á mi rival....

SOL. (*interrumpiéndole*) Es hoy mi esposo.

ROGERIO. Falsa! dále ese nombre malhadado.

Por mi mal, no mintieron los rumores,
Que, en tí creyendo, desprecié insensato.

SOL. ¿A vos llegaron, y hasta aquí vinisteis,
Distantes ambos ya tan ancho espacio?
Volvéos desde aquí: volved, Rogerio,
Donde lealtad veais, donde el amargo
Cáliz no halleis, que, desgraciada y triste,
Yo misma os propiné bañada en llanto.
¿Qué mas puedo deciros? mi cariño
Vos solo le tuvisteis; si un hidalgo,
cuya soy para siempre à mi despecho,
Bastó nuestra ventura á arrebatarnos,
Culpad al rey Alfonso, á la desdicha,
A mí, si os place, que me arriesgo á tanto
Mas vos sois noble, si de oscuro origen;
Vos me amasteis un tiempo.

ROGERIO. Sí; y os amo.

SOL. Por esa pasion, pues, que ya me ofende,
Sino por vuestro nombre y mi recato,
Respetad estos nuevos juramentos,
Que pronuncié en el ara, mal mi grado.

ROGERIO. ¿Qué juramentos? ¿ respetarlos puede
Quien otros antes hizo, y aun mas santos?
Recuerda tus promesas mas solemnes;
Recuerda que, del templo cobijados,
Allí, ante Dios que las conciencias mira,
Constancia eterna y mútua nos juramos.
Aquella oferta, que al Señor hiciste,
Veleidosa olvidaste sin reparo,
Y tu cuello á coyunda mas pesada
Contra Dios humillastes, y en mi agravio.
¿Callas, perjura? Tu silencio es justo:
Estás ante el amante abandonado,
Y tambien por testigo esta vez tienes
Al Eterno que entonces invocamos.

SOL. Cesad; no en el delirio que os ofusca
Remedio á nuestro mal deis temerario;
Si veraces creisteis mis palabras,
Cuando á darlas llegué, mirad à espacio,
Por el dolor que á vuestro pecho cubre,
¡Cuánto el mio será que lo he causado!
Vos lo sabeis; pero el amor que os tuve
Merece aun un favor, un noble rasgo,
Que, ya que no felíz, me haga á lo menos
Heròica y pura, de mi esposo al lado.
¿No os sonríe la idea placentera

De dar la vida á la que supo amaros?
¿Callais, cuando abatida me prosterno,
De vos virtud y dicha demandando?

ROGERIO. No te humilles á mí, que de D. Pedro
Pospuse la privanza por tu encanto,
Y, solo para mas aun merecerte,
Volé improviso á los oscenses campos!
Donde ¡ah! tu enlace oido, y sin aliento
Para crédito dar al triste caso,
Marchè, cual desertor, de mis pendones,
Magüer los viese en Alcoráz alzados.
Ni ¿cómo pensar yo que tus enojos
Pudiesen concitar tan en mi dáño
Tanta esquivez y desamor unidos,
Tanto rigor y tan injnsto pago?
¿Cómo culparte, Sol, cuando mi vida
La fé necesitaba para amparo?
¿Cómo crédito dar á tus falsías,
Si mi muerte anunciaban?

SOL. Reportáos:
Cesad, Rogerio, de imputarme un crimen,
En que víctima he sido; del vasallo
Deber es la obediencia hácia sus reyes;
Demas, yo tengo padre, y no he faltado.
Esto á mí me tocaba, á vos dejarme. (*con dignidad*)

ROGERIO. Cumplíate mejor negar tu mano,
Y à mí, conquistador de tu cariño,
Contra el rey y tu padre sustentarlo.

SOL. Qué horror! contra mi padre!

ROGERIO. No te espante
Que hasta él subir pretenda, si en él hallo
La causa de mi afrenta. Por tí vine,
Y si á tí llegar pude tan osado,
No pienses ya que tímido me aleje,
Con menos que contigo, de palacio.
Mira: cuando en tinieblas yazga el mundo,
Y el astro de la noche vierta escaso
Su débil resplandor... junto al alcázar
Has de verme con armas y caballos.
Presto de la comarca aragonesa
Pisarémos el límite cercano,
Y nadie podrá entonces, ni aun Alfonso,
La dicha que te guardo arrebatarnos.
¿Temes, Sol mia?

SOL. Por ventura puedo
Liviana desatar aquellos lazos,

Que, formados tal vez á mi despecho,
Las manos, si no el alma, me anudaron?
¿Querréisme falsa?

ROGERIO. Falsa para todos,
Y firme para mí.

SOL. Nunca agradaros
Seràle concedido á la inconstante,
Que á su fé perjuró: nunca intentarlo
Tan audaz osára!

ROGERIO. (*con desesperacion*) Nunca! qué has dicho?
¿Y piensas que me liga ya el reparo
Que tuve á tu virtud? No, ni me imponen,
Amante necio, tus pretestos vanos,
Ni tus votos injustos, ni tu esposo,
Ni tu padre, ni el rey. Todo lo aguardo.
Hasta la misma muerte, que, muriendo,
Una víctima tuya seré al cabo.
Si tú mi amor con impiedad desdeñas,
Yo á tu pesár te rendiré holocausto;
Y he de adorarte, Sol, aunque respondas
Con venganza implacable á mis halagos.
Si sorda la virtud no me conduce
Hasta el ferviente amor que te consagro,
¿Qué importa? el crímen me dará sus alas,
Y seré criminal, pero en tus brazos.
Ni qué otro proceder mi ardor consiente?
Si la guerra dejé, y aun de vasallo
Las nobles leyes, por seguir las tuyas,
(Que á tanto mi pasion me ha sujetado);
Si mudé de campeon, y hasta de ritos,
Si mi nombre oculté, tambien de hidalgo,
Si me espuse á los frutos de una ausencia,
Frutos que has sin piedad acibarado,
Qué mal hago en pedirte que me adores?

SOL. Y en premio...

ROGERIO. Haré lo mas: de aquí me parto.

SOL. Silencio eterno exijo.

ROGERIO. Bien: acaba.

SOL. Entonces oid, pues. Sabed que os amo.

ROGERIO. (*fuera de sí*) ¿Con qué me amas? de cierto mis esfuerzos
Uno de tí tan grande arrebataron?

SOL Rogerio, por piedad, no la vergüenza
Me causeis de saberlo.

ROGERIO. ¿Qué aguardamos,
Amándonos los dos, que no salimos
Lejos del mundo que ofendemos ambos?

4

No hay vivir en su seno aborrecible,
Reos ya siendo en él que le insultamos.

SOL. No así abuseis de mi indiscreto porte;
Solo atended à la obediencia.

ROGERIO. En vano,
Pues á mí te entregaste, es resistirte.
Poseo tu secreto, y el osado
Que, creyéndose fuerte neciamente,
Arrancarte pretenda de mis brazos,
Tiemble de mi furor.

SOL. Idos, Rogerio,
O voces doy.

ROGERIO. No sabes el estrago
Causado al corazon?... y ha de pesarme
Que me encuentre Rodrigo aquí á tu lado,
Si, á su pesár, si contra el mismo cielo,
Ni aun pudiéramos ya dejar de amarnos?

SOL. Mentís; yo puedo, y dejaré, si al punto
No os alejais por siempre.

ROGERIO. ¡Cielo santo!
¡para siempre de tí!

SOL. Sino á la furia
Daros he de Ferrán.

ROGERIO. (*con curiosidad misteriosa*) ¿Qué has pronunciado?
A cuyo enojo me darás impía?

SOL. Al de mi esposo, el de Carrion.

ROGERIO. Tu labio
Vino á darme la vida, y à él la muerte.
Oh! presa tan feliz nunca esperado
Hubiera yo de mi contrario signo!
¡Mi víctima ser él!

SOL. ¡Cómo!

ROGERIO. ¿Qué tardo,
Si tu esposo es el Conde, en confundirte?
¿No sabes que su vida está en mi mano?
Aqueste pergamino, que es de Búcar,
Conspirador un plan pone de claro.
Contempla à quien el moro lo dirije,
Y qué hará de él quien pudo arrebatarlo.

SOL. Mas cuáles son de Búcar los designios?

ROGERIO. Prométele á Ferrán con gran recato
Venir hácia Valencia, y de improviso
Entrarla, por los Condes ayudado.

SOL. Rogerio, esa impostura os envilece.
Mal á Búcar espera quien retardo
No consiente en la ausencia proyectada.

ROGERIO. ¿Parten los Condes?

SOL. Con nosotras.

ROGERIO. Tanto
Ya no es dable sufrir. Vive mi enojo,
Que ese Conde rapáz, hoy tan á salvo,
No llegara à mañana, sin que espíe
Su culpa de amador y de vasallo.

SOL. Rogerio, por piedad! dadme esa carta,
Si es que mis prendas os merecen algo.

ROGERIO. Sol, no lo esperes.

SOL. Por mi amor primero.

ROGERIO. No lo invoques.

SOL. Pues bien; por lo que te amo.
(*Pausa.*)

ROGERIO. Toma, pues, que si me amas, yo depongo
Lo que debo al amante y al soldado.
Pero escúchame, Sol, has de seguirme.

SOL. Seguiros, no.

ROGERIO. Te arrastraré.

SOL. ¡Insensato!

ESCUDERO. Rumor se oye de gente que aquí viene:
Mirad si os está bien el retiraros.

SOL. Sí: mi padre será que llegue á hablarme.
Idos.

ROGERIO. ¿Sin tí?

SOL. Nos perderémos ambos.

ROGERIO. No yo á tí que te adoro; pero atiende:
Te robaré esta noche á tu tirano. (*Váse.*)

ESCENA VIII.

SOL.

Parte, infelíz, de mi vista;
que así, esclava de un esposo,
podré cobrar el reposo,
sin crimen que lo resista.
No tu cariño aun insista
en rendirme adoraciones,
pues yo, ahogando las pasiones
que, fiel consorte, combato,
pondré en salvo mi recato,
partiendo á opuestas regiones.
Mas ¡ah! perjura al honor,

*

revuelvo mis pensamientos,
no á mis sacros juramentos,
sino à aquel perdido amor.
Si nos es Ferrán traidor
afrenta evite y castigo. (*Lée para sí.*)

ESCENA IX.

SOL. FERRÁN.

FERRÁN. (*ap.*) De aquí salió.
SOL. (*leyendo*) *Asi me obligo*
con vos, magnífico Conde,
y, en nombre de Alá, os responde
del suceso vuestro amigo....
¡Gran Dios!! (*sigue leyendo para sí.*)
FERRÁN. ¡Qué brava lectura!
De Búcar juzgo el contesto,
y asaz me será funesto,
si Sol al Cid lo procura;
mas su delito asegura
las consecuencias del mio.
A bien que en mi industria fío,
y habrá de darme esa carta,
porque es bien que yo comparta
con el suyo, mi desvío.
SOL. (*dejando de leer*) Aquí ofertas se mencionan
que á mi padre perderían:
mas poco los Condes fían,
cuando á Valencia abandonan;
así su conducta abonan,
y yo salvarlos podré,
sin ser criminal. (*sigue leyendo.*)
FERRÁN. (*adelantándose.*) A fé
que Ordoño tarde vendrá
para el duelo, y á ella ya
la carta le arrancaré.
SOL. (*concluyendo de leer*) No creyera en su hidalguía
lo que leyeron mis ojos.
FERRÁN. Si no os doy, Señora, enojos...
SOL. Vos aquí! (*asustada y ocultando la carta.*)
FERRÁN. Mucho á fé mia
turbado he vuestra alegría,
cuando os produzco improviso
tanto rubor.

SOL. Sin aviso
llegado habeis á mi estrado...

FERRÁN. Dispensad, que, mas mirado,
pediré otra vez permiso.

SOL. Y bien, Señor, ¿qué mandais?

FERRÁN. Franco con vos he de ser.
Habré, Señora, placér
en que aquí vos me leais
lo que al pecho confiais,
sin duda porque le atañe. (*maliciosamente*)

SOL. No á su Señor es bien dañe
quien debe mirar por él.

FERRÁN. Sois pardiez amante fiel. (*con socarronería*)

SOL. No hay para que yo os engañe,
ni creais que os soy liviana;
conspiradora en su caso, (*con ironía*)
que aquí de Búcar repaso
las letras de buena gana.

FERRÁN. Mas culparéis al que afana
por descifrar su conceto?

SOL. Morirá en mí este secreto.

FERRÁN. (*ap.*) (Eso no: contigo muera.)
Y no me dais...

SOL. (*con decision*) De manera
que no dároslo prometo.

FERRÁN. (Es inflexible!) Señora,
entonces, pues, dispensad,
y esto cauta recatad
á Rodrigo, que aun lo ignora.
De un marido que os adora
tomad prudente el consejo;
yo, hasta partir, no me alejo
del lado de vuestro padre;
en tanto haced lo que os cuadre,
y dispensadme, si os dejo.

SOL. Perdonado vais por mí,
si es que culpa cometisteis;
mas si en mí dureza visteis,
no la interpreteis así.
Culpada, Señor, no fuí;
severa hácia vos, tampoco:
básteos esto.

FERRÁN. Anduve loco:
perdon otra vez. (*ap.* Traidora!
llora ya tu muerte, llora,
que à mi salud aun es poco.)

ESCENA X.

SOL.

¿Por qué, Ferrán, me amenazas,
y con mi crimen te escudas?
Será que en mi afecto dudas,
cuando buscas tales trazas.
Mi culpa á la tuya enlazas,
mas pues tengo tu sentencia,
suba en llama á mi presencia.
(saca el pergamino y le arroja en un braserillo. Pausa mientras arde.)
Ya á partir resuelta estoy,
que, pese al amante, voy
segura con mi inocencia.

ESCENA XI.

SOL. CID. BERMUDEZ.

CID. *(al paño)* Pues viste á Elvira ceder,
de Sol las palabras oye,
que fuerza será que apoye
con creces mi proceder.
BERMUDEZ. Bien: mas dejadlo á su antojo,
porque no se atemorice.
CID. *(á Sol)* Sol, atiende: hay quien predice
que si al cabo no recojo
la súplica que, medrosa,
me hiciste de no marchar,
vàs la cólera á probar
de tu suerte rigurosa.
Bermúdez, que en mucho aprecia,
cual deudo nuestro, tu vida,
abrió en mí la cruda herida
de tal sospecha.
SOL. Fué necia,
cual antes yo en abrigarla;
deponedla vos, si os place,
que, puesto que errada nace,
prudencia será el dejarla.
BERMUDEZ. Gran Dios! qué mudanza es esta?
CID. Bermudez, oiste?

BERMUDEZ. Y tanto
que de ello, Señor, me espanto,
y mucho el crèrlo me cuesta.
CID. ¿Con que, en fin, ya puedo yo
daros tranquilo á los Condes?
SOL. Sí, padre mio.
CID. No escondes
la sangre que el Cid te dió.
BERMUDEZ. ¿Y al fin nos dejas, Sol mia,
tan jóven ¡ay Dios! tan bella?
SOL. Pretendo arrostrar mi estrella.
CID. Noble es esa bizarría,
y yo, su padre, aun la alabo,
de punta de ausencia herido.
BERMUDEZ. (*ap.*) Inútil mi empeño ha sido.
CID. Y pues punto hiciste al cabo (*á Sol*)
con tu arrogante despecho,
vé, y á Jimena saluda,
y estingue en ella la duda,
que tanto ajita su pecho.
SOL. (*ap.*) (Podré ni aun templarla ¡cielos!
teniendo llagado el mio?)
Haréle, padre, y aun fío
que la alivien mis consuelos.
CID. Toma el alma con los brazos, (*se los dá*)
que darlos en breve quiero
á Sanchez vuestro escudero.
BERMUDEZ. Lleva tambien en pedazos (*á Sol, con quien se aleja del Cid.*)
mi corazon dolorido,
que yo á llorar aqui quedo.
SOL. (*con amargura*) Ved, pues me sentencio y cedo,
¡cuánto habré ya padecido!

ESCENA XII.

CID.

(*Despues de un momento de pausa, dice*):
El buen Bermudez creyó
que la marcha repugnára
á Elvira ò Sol, aunque clara
de Sol la respuesta oyó.
A Ordoño sienten no ver,
que está en Toledo à esta fecha;

mas lleva órden mia estrecha,
que le ha de impedir volver.
Parto á la Alcudia; que hablar
quiero en ella á mis guerreros,
pues ya tendràn sus aceros
dispuestos á mi mandar. (*Vá á salir, y le detiene Ordoño.*)

ESCENA XIII.

CID. ORDOÑO.

ORDOÑO. Venganza dadme, Señor,
para mi honor ofendido,
y cuidad que si os la pido,
es contra un pecho traidor.
CID. ¿Qué es ello, Ordoño? qué ultraje
sufriste, aun no reparado?
ORDOÑO. En mal hora, deshonrado,
vergüenza y no mas os traje.
CID. Acaba ya: en tu baldon
tuvo parte la malicia?
Contra quién pides justicia?
ORDOÑO. Contra el conde de Carrion.
CID. Ordoño? qué has pronunciado?
mi misma sangre te ofende?
ORDOÑO. Sí; mas mi enojo no atiende
sino al orgullo ultrajado.
CID. Y á cobrarlo no eres parte,
que así justicia me pides?
ORDOÑO. Señor, el caso decides
antes de bien informarte.
Si espada al cinto llevára,
creyeras que á tí viniese,
y aquí el castigo pidiese
que no mas á ella tocára?
CID. Y no la perdiste al fin?
ORDOÑO. No, si mas noble Ferrán,
dejará de urdir un plan,
cual suyo cobarde y ruin.
Mas quiere el destino impío,
que, donde busco mi honor,
halle sin èl à un traidor,
dispuesto á robarme el mio.
CID. ¡Tú sin él!

ORDOÑO. En el umbral
dejélo de vuestro estrado,
que allí quedé desarmado,
merced, Señor, á un puñal.
CID. ¡Puñal en mano del Conde!
ORDOÑO. ¿Tan mal pensais que le asienta?
Sabed, pues, que de mi afrenta,
por si aquesto se os esconde,
hizo cómplice á su hermano,
con dos ó mas escuderos,
rigiendo allí sus aceros
con puño torpe y villano.
Y para fin, de mi espada
presa abominable hicieron,
y así por finida dieron
nuestra querella empezada.
CID. Mas qué querella...
ORDOÑO. Señor,
sufríles muy cruda afrenta,
y los hombres de mi cuenta
tienen muy terso el honor.
Pensábais que yo callase,
manchada vuestra inocencia,
y el guante de la insolencia
que á los Infantes no alzase?
CID. Dime, pues: con qué ocasion
á mí, su Señor, mentaron?
ORDOÑO. Culpable à vos os juzgaron
en el lance del leon;
y así hablaron de su anhelo
con D. Gonzalo, su tio,
que, en vuestro honor, puso el mio,
por toda respuesta, un duelo.
Esto à callar me obligó
vuestros riesgos y su ardíd,
y es que la sangre del Cid
sin mancha la quiero yo.
CID. (*con furia*) Basta, que harto has proferido.
Bermúdez. (*llamándole*)

ESCENA XIV.

DICHOS. BERMUDEZ.

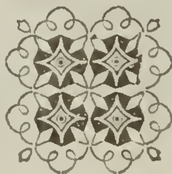
CID. Dí á los Infantes
que no partan.
BERMUDEZ. Hace instantes
que á toda rienda se han ido.
CID. (*á Bermudez.*) Ciertos eran tus temores,
cual seránlo mis venganzas.
Que salgan cien de mis lanzas
contra los Condes traidores.

———

ESCENA XV.

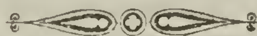
DICHOS, *menos Bermudez.*

CID. Hijas mias, sordo fuí
de vuestra voz al acento,
mas tomad el juramento
de ser salvadas por mí.
ORDOÑO. ¿Partieron ellas por suerte?
CID. Tuve à los Condes por buenos,
y cedí.
ORDOÑO. Dejadme al menos,
que corra á darles la muerte.
CID. Sí haré, que el moro me priva
de seguirlos en persona;
mas toma, Ordoño, á Tizona, (*dásela*)
y honor nuevo en tí reciba.
ORDOÑO. Cobraré el que me han quitado,
y así á Tizona darélo.
CID. ¡Seguro vás, vive el Cielo!
ORDOÑO. Doyme de ellos por vengado.
Y ¡ay si su jactancia loca
llega à ultrajarlas un dia!
CID. La ofensa, Ordoño, es ya mia,
y á mí la venganza toca.





ACTO SEGUNDO.



CÁMARA DE SOL: PUERTA AL FONDO, QUE ES LA ENTRADA GENERAL, Y OTRA Á LA DERECHA QUE DÁ Á LAS HABITACIONES INTERIORES.

ESCENA I.

ORDOÑO. SOL.

Ésta conducida por aquel, hasta sentarse en un sillon al intento, á cuyo lado hay un escaño, donde se acomoda Ordoño.

ORDOÑO. Descansa, Sol, y tu ultraje
lloremos juntos aquí,
que estoy, vive Dios, sin mí,
desde el retorno del viaje.

SOL. ¡Ordoño!

ORDOÑO. El alma conforta
con tu virtud tan á prueba,
y tu afrenta sobrelleva,
que, si amarga, será corta.

SOL. Y aun así ¿qué es la venganza
al corazon dolorido,
Si no ha de hallar, mal herido,
á su recobro esperanza?
Ni, á poder de desagravios,
tan llano haces que se borre
la afrenta mia, que corre
hasta del vulgo en los labios?
No: desiste, que en mi frente
marca de ignominia llevo,

y, ardiendo en sed, solo bebo
de mi llanto en el torrente.
Tú no sabes qué es sufrir
una dama escarnecida
este yugo de la vida,
cuando de sí pueda oir:
«Esa muger, que hora miente
recuerdos de altiva noble,
fué la orgullosa en un roble
maniatada torpemente:
y cuando hubo ya caído,
de los golpes agoviada,
fué sin piedad arrastrada
por su opulento marido.
Huidla, que aun no granjea
ni làstima en su amargura
quien, tan corta de ventura,
su linaje bastardéa.»
Y por cierto que razon
tendrá quien dijere tal,
aunque ignore, para mal,
de mi oprobio la ocasion.

ORDOÑO. No desciendas, Sol, á tanto,
si de quien eres te precias,
que así injustamente arrecias
tu pasajero quebranto.
Y, Sol, á tu lado yo,
mas ese porte me admira.

SOL. Sí... pero háblame de Elvira,
de mi acerba ofensa, no.

ORDOÑO. Que te hable, dices? y qué,
sino es que está casi sana,
y ahí es todo?

SOL. ¡Pobre hermana!
Sola yo te disfamé.

ORDOÑO. Aserénate, y depon
tan tristes ideas ya,
pues ella en Molina está,
servida de Abencanon.
Recuerda cuando alto hicimos
allí por vuestras heridas,
qué de ofertas bien sentidas
al moro atento debimos.

SOL. De aprecio es su proceder,
y el llanto que le causó
nuestra cuita.

ORDOÑO. Tanto instó,
que al fin hube de ceder,
y á Elvira dejar, con tal
que luego de mejorada
viniese à Valencia.—Nada
mires ya de mas fatal;
pues, sino por el ahínco
con que Rodrigo os pedía,
Elvira en tu union vendría,
tras cuatro dias ó cinco.

SOL. Un volcán mis miembros arde,
y al pensar en que, inocente,
sufre mi hermana doliente,
me tiembla el pecho cobarde.

ORDOÑO. Confía en Rodrigo.

SOL. Sí,
esa esperanza me alienta,
que mi padre tomó en cuenta
nuestro desdoro.

ORDOÑO. De aquí
salió á veros al camino,
y escusando el abrazaros,
quizá por no avergonzaros,
partió á Toledo.

SOL. Sin tino,
que no puedo á todo, estoy.

ORDOÑO. Alfonso córtes reune,
y allí tu padre no impune
dejaráte, por quien soy.

SOL. Sí: y en tanto que vindique
nuestro honor por muchos modos,
forzoso serà que en todos
nuestra deshonra publique.

ORDOÑO. La de ellos, la vuestra no.

SOL. Y, mas aun que esto, me abisma,
pensar que mi mano misma
á Elvira el pecho rasgó.

ORDOÑO. Eso profieres! tú fuiste
la que su oprobio causaste?

SOL. Ordoño, tú no pensaste
cuánto mi suerte era triste!
Yo un secreto poseía,
que à los Infantes perdiera,
y era justo que cayera,
por su cabeza, la mia.
Trajo el azar à mis manos

una carta que quemé,
y así el furor concité
de sus aceros villanos.
Creyeron que yo guardaba
la carta torcidamente,
y entonces....—no es bien que cuente
la desdicha que me acaba.—
A poco llegaste allí.

ORDOÑO. De apoyo y prudencia falto,
pudo tanto el sobresalto,
que solo y ciego corrí,
por defender vuestras vidas.

SOL. Llegaste, Ordoño, muy tarde:
mas valiera que, cobarde,
muertas nos vieses, no heridas.

ORDOÑO. Para bien no quiso el Cielo
que apuraseis su rigor,
y nos trajo un salvador
entre tanto desconsuelo.

SOL. Y aun su estirpe no has sabido?

ORDOÑO. Cerró así con el Infante,
tan recatado el semblante,
que ni en vislumbre he podido.
Debe, empero, noble ser,
pues, riñendo como tal,
dejó al punto el robledal,
para nada merecer.
Y cuida que sin su lanza,
que à mi defensa salió,
probára el primero yo
de los Condes la venganza.
Mas, aun muchos los malvados
que á nuestra contra salieron,
huyeron.

SOL. Sí, mas huyeron
de rico botin cargados.
Lleváronse el limpio honor
de las hijas de Vivár,
dejando para el pesar
su vida y para el dolor.

ORDOÑO. No ¡vive Dios! los blasones
hollar podrán que teneis,
pues aun elegir podeis
por cientos los campeones.
Aun saldrán en vuestra pró
trás una espada otra espada,

y presto será lavada
esa mancha que os cayó.
Y cual de la nieve el ampo
os juro que ha de quedar,
mientra el Cid para lidiar
nos dé de sus tierras campo.

SOL. Déjame con mi vergüenza,
que quiero estar sola aquí.
Acaso merezco, dí,
que el que lidie por mí venza?

ORDOÑO. Cómo no, Sol?

SOL. Basta ya:
no á mi rubor puertas abras.

ORDOÑO. Es que recuerdo palabras,
que mi enojo cumplirá.

ESCENA II.

SOL.

Harto sè que defendiste
de mi padre la inocencia,
en larga y tenaz pendencia,
de que injuriado saliste.
Harto sé que en tí despues
cebó la traicion su garra,
mas la espada de Mudarra
vengarános á los tres.
Ah! venganzas aun medito
cuando tiemblo de mí misma.
¡Perdon! mi mente se abisma,
entre un deber y un delito.
Entre un deber que en mí siento,
y el delito de un esposo.

ROGERIO. Podré pretender medroso (*en el umbral*)
entre ambos un pensamiento?

ESCENA III.

—

SOL. ROGERIO.

Sol. Rogerio! ¿aun aquí?
Rogerio. Señora!
no vengo ya con mi amor:
no ya soy el que os adora;
ni amante debe ser hora
quien viene á ser vengador.
No las quejas recordeis
que salieron de mis labios;
que, aunque mas me rechaceis,
en mí, Señora, tendréis
quien borre vuestros agravios.
Sufrid que, en habla atrevida,
se exhale hasta vos mi acento,
ú hacedme merced cumplida,
quitándome al par la vida
con este crudo tormento.
Ni he de veros padecer
en los brazos de una afrenta,
sin poderos acorrer.
Eso no: yo he menester
morir como hombre de cuenta.
Y ya que vuestros rigores
troncharon con furia tal
el àrbol de mis amores,
dejad, pues no en los dolores,
que espire en lucha mortal.
Así al menos mi pasion
tendrá no indigno remate,
que, aunque herido el corazon,
bríos tengo de leon
para lanzarme al combate.
Sol. Si vos supieseis, Rogerio,
cuánto mi suerte me aflige!
Si á vos llegase el misterio
de mi eterno vituperio!
Yo, Rogerio, nunca os dije
los empeños de mi honor:
yo no os dije, que, abrumada,
á impulsos de mi dolor,
daba al hierro matador
mi cabeza resignada.

ROGERIO. Sol! me asusta ese lenguaje!
Vos tal perfidia supisteis,
aun antes de vuestro viaje,
y callábaisme el ultraje
que revelarme debisteis?

SOL. Revelarlo! nada habría
que menos á mi deber
cuadrase en la pena mia;
nada tan falsa me haría
como hasta vos descender.

ROGERIO. (*interrumpiéndola*) No de vuestro labio salga
la muerte mia tan presto,
que guardo mi sangre hidalga,
porque en libre campo valga
para borrar un denuesto.
¿Y sois vos quien no desciende
hasta mí, porque se indigna?
Y Sol se dá á quien la vende,
y al bueno que la defiende
con ver sufrir se resigna?
Clavadme ya de una vez
todo el puñal de esa ofensa,
y no humilleis mi altivez,
culpando de avilantez
esta aficion tan intensa.
¿Qué habeis visto, en mi porfía,
que me haga indigno de vos?
ni qué infausta demasía
heriros á vos podría,
sin herirnos á los dos?

SOL Eso alegais ante mi,
sin temer que os lo reproche?
Quien tanto fía de sí
diga qué buscaba aquí
traidoramente una noche,
—la noche de mi partida.—

ROGERIO. ¿Qué buscaba? mi tesoro :
la prenda mas escojida,
que ya miraba perdida,
¡gran Dios! y perdida lloro.

SOL. Basta.

ROGERIO. No temais que atente,
bella y rígida tirana,
a vuestro honor fieramente.
No: ni aun sabreis lo que siente
quien tal vez parta mañana.

Si es que os molesta el empeño
con que muestro mi pasion,
no me temais, dulce dueño,
que al fin, por brillante ensueño
tendrélo de mi ambicion.
Mi cariño olvidaré,
si lo puedo resistir;
y habeis de ver, por mi fé,
que, aunque amante, tambien sé
de caballero morir.
Entonces descansarémos
yo en la tumba, y vos..¿en dónde?
Ah! desdichados serémos:
yo en apartados estremos,
vos en los brazos del Conde.

SOL. Callad, y no ese veneno
derrameis que me aletarga,
que está el corazon ya lleno
de un funesto desenfreno,
que las potencias me embarga.
Mirad bien cuánto postrarme
pudiera un liviano insulto:
y si dais en injuriarme,
temed que puedan matarme
reveses de tanto bulto.
Si veis que gimo hondamente
por mí —quizà por vos mismo—
¿por qué rasgar imprudente
ese velo trasparente,
que nos celaba un abismo?
Por qué quererlo romper,
si, tras sus pliegues, al cabo,
solo en grupo habeis de ver
al esclavo del debér,
y del amor al esclavo?
Lejos, lejos de la mente
tanto funesto delirio,
y espire un amor ardiente,
como alce luego su frente
con la palma del martirio.

ROGERIO. Basta, Sol: que me fascina
tan bien sentida demanda,
y á beldad tan peregrina
mi mismo valor declina,
que tal ternura le ablanda.
Nunca allanarme pudiera,

con amor como el que os tengo,
á una súplica tan fiera;
mas déjole, cual quimera,
por el empeño á que vengo.
Vos, Señora, no me amais....
—callád, que quejas no son;—
mas ya que tanto no hagais,
al menos mirad que estais
oprimida de un baldon.
Ved que del mundo os aleja
vuestro sufrido desdoro;
ved que diran en conseja:
«muger al fin, que se deja
robar su mejor tesoro.»
Y mirad que, aunque no os ame,
no he de sufrir tal desman,
y aunque mi padre se llame,
hundiré en quien tal proclame
mi acero hasta el gavilan.
(*echa mano al pomo de la espada.*)

SOL. Eso sí: no me ameis vos,
pero habladme de venganza,
pues la deseo ¡por Dios!
que, si débiles las dos,
no ha muerto aun nuestra esperanza.

ROGERIO. No, ni sea, cuando vengo
vuestro orgullo á defender,
y vuestro ilustre abolengo...
(*arrepintiéndose*) Pero ah! secretos mantengo
que no debeis aun saber.
No, no sea, hija del Cid,
que si á Huesca fuí, y en pos
de mi padre, es que en la lid
quise, ò Sol, un adalid,
digno de vos para vos.
Y así mi lanza confía
en su empeño de vengaros,
porque le sobra osadía:
tened en cuenta que es mia.

SOL. Ni puede aquesto negaros
quien acaso os es deudora
de una vida amenazada.

ROGERIO. No asi me abatais agora,
que mis méritos, Señora,
no han de obligáros á nada.

SOL. Levantad, pues, el aliento:

*

yo mi caballero os nombro;
mas despues del vencimiento...
partid de España al momento, (*enternecida profundamente*)
y al Asia llenad de asombro.
¿Qué decís?

ROGERIO. (*conmovido*) Que es órden vuestra.
¿Qué me toca, si es callar,
por mas que sea siniestra?
Pero oid: en la palestra
pretendo por vos lidiar;
tal vez el Cid, que á Toledo,
por pedir venganza, fué,
campeones traiga, y no puedo
prometer, que á mi denuedo
dique bastante hallaré.
Dadme, Señora, una prenda,
que haga buena mi razon,
y tendréis quien os defienda,
brazo á brazo en la contienda,
sin temblarle el corazon.

SOL. Ni eso os negaré: tomad,
(*dale una banda, que se desciñe*)
que en vos irá mas honrada,
y os pago tanta amistad.

ROGERIO. Me haceis delirar; callad,
que presto seréis vengada.

SOL. Idos ya, pues.

ROGERIO. (*con sumision*) Un temor
conservo aun que me devora.
Lavado ya vuestro honor,
el enlace sin valor
queda por ello, Señora;
otro esposo de valía
quizás á la postre os dén,
y yo.... perdonad... querría (*póstrase enternecido*)
que, pues nunca seréis mia,
no seais de otro, mi bien.

SOL. (*con dignidad*) Me lastima esa advertencia.
Alzad.

INÉS. (*que sale apresurada*) Señora, le ví:
al Cid teneis en Valencia. (*voces lejanas.*)

ROGERIO. Oh! con Ferrán! (*desenvaina y vá á salir.*)

SOL. (*con energia*) ¡Qué insolencia!
A dónde vais?.... Por allí. (*señalando la*

puerta de la derecha, por donde Rogerio entra sin replicar, y envainando la espada.)

ESCENA IV.

SOL. INÉS.

Sol. Lo que viste, Inés, olvida.
¿Con que á Valencia volvió?
Salgamos, pues; * pero, herida,
*(*se esfuerza, y cae sobre el sitial*)
yazgo del dolor vencida,
cuando nadie me venció.
Mas hoy de mi padre espero
que mi espíritu conforte,
pues, siendo tan caballero,
ó volverá sin acero,
ó con honor, de la córte.

ESCENA V.

DICHOS.

CID. BERMUDEZ. M. ANTOLINEZ. N. GUSTIOS. ORDOÑO.

Dos escuderos traen, cubierto con ropas de seda y oro, un rico escaño de marfil para el Cid, quien entra seguido de sus caballeros y comitiva, dos de la cual quedan con lanzas en la puerta, llevando otro un pendon verde.

Cid. (*dentro*) ¿Dònde, dónde està Sol?
Sol. (*vá hácia él, que sale*) Ah! padre mio:
Miradme: en vuestros brazos triunfadores.
(*rechazándolo*) Mas ¡no! no me los deis; sino ese brío
Los mios matarán que son traidores.
Cid. ¿Qué pronuncias?
Sol. Oh! sí; vos, padre amado,
Acertais á mirarme con ternura;
Mas yo con mi deshonra he mancillado
La estirpe de Lain Calvo y de Rasura.
Huid, huid, Señor, mi torpe arrullo,
Ú dejará vuestra honra contajiada.
Ni qué ha de darme, sin mi antiguo orgullo,

Ser esclava en Valencia ó en Granada?

CID. ¿De quién esclava tú?

SOL. De mi vergüenza:
Paréceos poco devorarla humilde?

CID. Si: mas hoy tu recobro ya comienza,
Y no ha de haber quien tus blasones tilde.

SOL. No con razon: mas mientras todos vieron
Dos honras, á placér despedazadas,
Ninguna voz dirà «cobradas fueron»,
Cuando todas dirán «fueron robadas».
Si algun leal caballero, padre mio,
Vino aquí con intentos de ampararme,
Decidle vos, —ni aun de mi labio fío—
Que nunca por mi honor sus manos arm.

CID. Y en fin, ¿qué culpa alegas tan horrenda?
¿Húbola en tí mayor que el ser mi hija?
Si yo, pues, causa fuí, bien es defienda
Tu limpio honor que á mi pujanza aguija.
Si: defenderlo hé. Mi padre —escucha—
Era el firme sostén del cetro godo;
Maduro en resolver, franco en la lucha,
Diego Lainez, en fin, y dicho es todo.
Con eso, pues, y á mas ser padre mio,
Hubo un Conde de Orgáz que le injuriára,
Y púsole ante el rey con falso brío
Las sus manos cobardes en la cara.
Y ¿piensas que por ello mal segura
Nuestra fama quedase? No por suerte:
Al hombre que adoré con fé mas pura,
Al padre de mi amor, le dí la muerte.

SOL. Y huyó del rostro la afrentosa marca?

CID. Sí, que de sangre la ofrecí un bautismo,
Y, de manos entonces del monarca,
Mercedes nuevas recibí yo mismo.

SOL. ¿Con que aun la vida á recobrar acierto?
Yo pensé que el honor no se curase,
Y quería morir, y hubiera muerto,
Aunque aquesto, Señor, màs os pesase.

CID. Tú, Sol, morir, cuando en mi suerte fiera
Es el seguro de mi honor tu vida!
A tal acontecer, ¿qué fin corriera
Mi arrogancia de todos tan temida?
No: la ofensa que lloras ya no es tuya;
La ofensa es de tu padre solamente,
Y no ha de ser que su cerviz rehuya,
Quien, mal consigo, me irritó imprudente.

Ni pienses ya que vuestra amarga cuita
Me pesa por la infamia que atesora;
No es el afecto el que mi furia excita,
No son los golpes lo que el Cid deplora.
Es la ignominia que en mi nombre solo
Derramaron aviesos los Infantes;
Es su sarcasmo que, de polo á polo,
Sonará en carcajadas retumbantes.
Creyeron ellos que, impasible y necio,
Quizás á su nobleza no ôsaría;
Mas ¡ah! que, aunque merecen mi desprecio,
Si con ese pagàra, faltaría.
Mi renombre no ha muerto: dos Infantes
De Aragon y Navarra han exijido
Vuestras manos de mí.

SOL. Gran Dios! (*ap.*)

CID. (*con dignidad*) Mas antes
Cobrarèis el honor que habeis perdido.
La mancha que los Condes me lanzaron
Lavar me cumple con su sangre impura,
Que, pues tantas victorias me afamaron,
No quiero sino noble sepultura.
Esto al rey dije: y si el terrible duelo
Por favor á los Condes me negára,
Sin miedo á su venablo, juro al Cielo,
Que al pie del mismo trono los matára.
Pocas treguas, empero, mi impaciencia
Podrá sufrir: mañana es el combate.
Vos, Ordoño, leed esa sentencia,
Y que el juicio de Dios no se dilate.

(*Ordoño desenrrolla un pergamino, y, adelantándose, lée*):

«En el nombre de Cristo.—Yo Alfonso, por la suya gra- «cia, rey de Castilla, digo por Córte: Que despues de visto «por mi el pleito que es entre el Cid é los Infantes de Car- «rion, en el cual ha metido aquel á estos en culpa de fecho, «heme aconsejado de homes honrados é entendidos, é de los «seis alcaldes, escojidos por mí é juramentados, el Conde «D. Remondo, el Conde D. Vela, el Conde Don Suero de Caso, «el Conde D. Suero de Campos, el Conde D. Rodrigo y el «Conde D. Pedro de Lara; y habido consejo sobre el desa- «guisado fecho en los robledos de Torpes contra Doña Maria «Sol Rodriguez y Doña Elvira Rodriguez, hijas ambas del «Cid Rui Diaz Campeador, á las cuales arrastraron é firieron «gravemente los dichos Infantes; doy por sentencia: que los

«*Infantes de Carrion, D. Diego Gonzalez y D. Ferrán Gon-*
«*zalez, tornen al Cid las espadas Colada é Tizona que este*
«*les dió, con mas las joyas y otros tesoros que recibieron á*
«*ley de dote; é otrosi, finalmente, que lidien ambos á dos,*
«*y su amo y tio, el Conde Sucro Gonzalez, contra otros tres*
«*sus iguales, que el Cid nombráre á placer.—La cual sen-*
«*tencia sello con el mio de cera, é rubrico de mi mano, des-*
«*de mi palacio de Galiana, en Toledo, á los 16 dias del mes*
«*de Mayo, y año 1134 de la Era del César.*

—**El Rey D. Alfonso.**»—

CID. Bien: publíquese, pues, de varios modos,
Y que se alce el palenque para el alba.
Mañana, ¿lo entendeis?—Idos ya todos,
Y pues mi honra es la vuestra, hacedla salva.
ORDOÑO. Señor! premio quisiera por mi herida,
Que al fin la recibí por acorreros.
¿Lidiaréis con los Condes?
CID. Por mi vida,
Que lo hiciera si fuesen caballeros.
Mas no: yo por contrario necesito
Un Martin, un D. Gomez, un hidalgo
Que me merezca, en fin.
ORDOÑO. Yo solicito
Salir por vos, Señor, si tanto valgo.
CID. Ordoño, tu lealtad es del quilate
De la sangre que llevas, que es la mia;
Mas traje ya campeones al combate,
Y arrancarles su gloria, mal sería.
ORDOÑO. Al menos yo por Sol luchar quisiera,
Porque el odio á Ferrán mi furia enciende.
BERMUDEZ. Primero que ese honor, la vida os diera.
ROGERIO.* Atrás los dos: ninguno la defiende.
*(*sale de entre todos, ceñida la banda.*)

ESCENA VI.

DICHOS. ROGERIO.

BERM. y ORD. ¡Cómo! (*en ademan de avanzar, la mano en la espada.*)
CID. (*á B. y O.*) Teneos: mi altivez lo exije.
Y vos... quién de sí propio así blasona,
Que su planta imprudente aquí dirije,

Despreciando el furor de mi Tizona?
¿Quién guió vuestros pasos?
ROGERIO. Esta banda;
Sin ella, que es de Sol, no aquí viniera.
CID. ¿Y quién, por Dios, en mis palacios manda?
SOL. Señor, perdon de vos, si fuí ligera:
Yo pensé que el agravio padecido
Al noble de mi amparo alejaría;
Halléos en mi causa comprendido,
Y así vengarme por los dos quería.
En medio de mis ríjidos pesares,
Yo ví al desconocido aventurero,
Que, cual fanal en medio de los mares,
Marcaba á mi deshonra el derrotero.
CID. Ah! cuitada de tí! quién me asegura
Que el alma no le diste en ese lazo?
SOL. Hija vuestra no soy?
ROGERIO. (*con arrogancia*) Teneisla pura,
Y harálo bueno, aun contra vos, mi brazo.
CID. Eso me place: mi violenta saña
Templóse á tu valor; lidia, si puedes,
Que el valiente no es pérfido, ni engaña.
Bermúdez, vé si la ocasion le cedes.
BERMUDEZ. No hará tal quien es noble, vive el Cielo;
Ni yo, que hasta á mi hermano la he negado,
La habia de ceder á un hidalgüelo.
ROGERIO. Pensad, Bermúdez, lo que habeis hablado.
BERMUDEZ. Qué tiene que pensar, pese á mi estrella?
ROGERIO. Que, á falta del orígen, tengo espada.
BERMUDEZ. ¿Y yo no acaso?
ROGERIO. Pues salid con ella,
Y así tendràla Sol mejor templada.
CID. Detened, imprudentes, ú os escluyo
Igualmente á los dos: yo elegir quiero.
ROGERIO. (Quizá lo haga en pró de él, que es deudo suyo:
Mi secreto diréle)—Caballero;*
*(*separando á Bermúdez, á quien descubre el pecho*)
Pues soislo, cual lo dice vuestro brío,
Reparad en las armas de mi casa.
BERMUDEZ. (*admirado*) Os comprendo, y así el derecho mio
Tomad, Señor, y mi aficion sin tasa.
ROGERIO. Gracias.—Rui Diaz, el campeon del duelo
Seré, si os place.
CID. Pero armaros antes
De caballero es fuerza, y que ante el Cielo
Jureis lidiar á ley con los Infantes.

ROGERIO. Caballero lo soy: de aquesta espada
Mi rey D. Pedro me adornó la cinta,
Y os juro por la prenda mas amada
Que en sangre de Ferrán veréisla tinta.
CID. Caballeros, marchad: la noche entera
En el templo velad con ardimiento,
Y salga cada cual con fé sincera,
La cruz al pecho, en Cristo el pensamier .
Mas ¡ay! de aquel que, la conciencia impu
El trance de la lid pusiese en suerte:::
Pero el ser castellanos me asegura.
Marcháos, que esta vez no es á la muerte.

ESCENA VII.

CID. SOL.

(El Cid se ha dejado caer sobre su escaño, y aparenta como rubor delante de su hija.)

SOL. Padre! os aflige quizá
el pensar en nuestra ofensa;
mas ¿porqué esa pena intensa
cuando vá á borrarse ya?
Y... si al caer del duelo el plazo,
ni eso al valor os obliga,
forzoso es que el noble diga
que no fiais en su brazo.
CID. Sigue, sigue à tu placer,
pues quien cura su honra tarde,
bien merece por cobarde
que le afrente una muger.
Bien es que advertido sea
quien de mozo tuvo aliento
para tomar juramento
al Rey en Santa Gadea.
Mas no, con eso, te erijas
en azote de este anciano;
que aun no le tiembla la mano
en defensa de sus hijas.
SOL. *(aflijida)* ¡Padre! nunca yo creí
que así me injuriárais vos.
CID. Ni yo tampoco, por Dios,
que dejase el ser quien fuí.

Pero ¡ah! perdona, hija mia,
si te culpo de severa.
Yo hasta olvidarme quisiera
de esa indigna alevosía,
que pesa sobre mi frente;
yo, tras mi orgullo ofendido,
siento el corazon partido
como padre solamente.
Ni me ajíta ya este lance
por el lado de mi honor,
que sé que á un puñal traidor
no hay caballero que alcance.
Espadas aun me han quedado
que se esgriman en pró mio,
y ultrajado desafío
para vencer ultrajado.
Pero ¡hija! mayor tormento
tengo asido al corazon,
y de otro linaje son
las desventuras que siento.
Yo que siempre os adoré
con profunda idolatría,
yo que salvaros podía,
¡ay! verdugo os deparé.
No ese crímen cometido
perdoneis á mi imprudencia,
que yo escuché esa sentencia
que en vosotras ha caído.
Yo de Bermúdez oí
las sospechas que abrigaba,
y aun brusco lo rechazaba,
en mi necio frenesí.
Y cuando dijo: «Señor!
recele esta vez de todos
quien mira por tantos modos
en peligro vuestro honor;»
yo deslumbrado y adusto
dije en frases arrogantes:
«Ni yo temo á los Infantes,
ni que los temas es justo.»
Oh! que hiere à mi altivez
meditar que mi grandeza
ostentó una vez flaqueza,
y en vuestra mengua esa vez. *(detiénese ajitado)*

SOL. Templáos, si no quereis
acrecer mi sentimiento,

que solo vuestro tormento
me arranca el llanto que veis
Vos condenais sin razon
vuestro porte en aquel dia,
y el tener otro.... sería
de mas baja condicion,
aunque importára la muerte;
que el suspicáz es cobarde,
y menos vale el alarde
de previsor que de fuerte.

CID. Cesa, Sol: no desmerezcas,
asi mi error disculpando;
no, tu ofensa desdeñando,
á tí propia te envilezcas.
Yo, cual noble, no debí
de los Condes sospechar,
pero... era un deber velar
los instantes que dormí.
¿Tan poco acaso decían
de Bermúdez los recelos,
que así incauto despreciélos?
Tan poco mi afecto herían
las demandas de Jimena?
tan débil era, por Dios,
ese llanto que á las dos
os arrancaba la pena?
Nada, pues, torcerme pudo,
y mis ojos se cerraban,
cuando todos deploraban
ya la mancha de mi escudo.
Ninguno su voz alzó,
y, à favor de mi hidalguía,
el rudo volcán hervía,
que pudiera apagar yo.
Y tú... qué hiciste, cuitada?
por qué á mi voz te humillaste?

SOL. Yo en doloroso contraste
tenia el alma agoviada:
lo supe todo, y sin miedo
miré de la trama el hilo.
Pero es mi secreto. (*como arrepentida*)

CID. (*con viveza*) Dilo.

SOL. (*abatida y con énfasis*) Callad, padre, que no puedo.

CID. No he de obligarte, hija mia,
si bien tu afliccion me altera.
¡Cuánto en mas honra me fuera

morir en el campo un dia,
tras una de mis victorias!
Dios mio! y el Cid soy yo!
y á mí el mundo me temió,
y me embriagaron las glorias!
Héme aquí, que mi poder
yace por tierra caído:
héme aquí, que ya he perdido
lo gigantesco de ayer.
Y aun me oprime ¡pesia tal!
más tu llanto y el de Elvira,
más á mis ojos aun gira
que mi deshonra fatál.
Al alma tengo enclavada
vuestra súplica comun,
y una carta guardo aún
con vuestra sangre trazada.
Mírala: (*la saca de la escarcela*) no se me aleja
de la memoria un momento,
y la cólera que siento
ni fuerza al llanto le deja.
Yo necesito llorar (*lo hace*)
sobre tu pecho aflijido,
yo quiero que este gemido
temple al menos mi pesár.
(*como asustado*) Oh! si habrá álguien penetrado
al descuido hasta mi estancia!
que podrá, con mi arrogancia,
reputarme de humillado.
Mas no: quien al mundo doma
no de ser padre se exime,
y sin eso, fué sublime
el llanto de Mario en Roma.
Leeréla, aunque halle imprudente
en cada letra una espina,
aunque sé que me fascina
como al ave la serpiente. (*se limpia los ojos para leer*)
Lee.— «Vuestras dos hijas, Señor,
al dolor yacen postradas,
en su sangre revolcadas,
y en su propio deshonor.
Forzoso es las acorrais,
aunque sucumban primero,
si os preciais de caballero,
y si de padre os preciais.»

Que si me precio ¡gran Dios!
mucho el dolor os hería,
cuando en tanta mengua mia
dictásteis esto las dos.
Que si me precio de ser
caballero y padre àl par!
Pues qué! pudiera faltar
al orgullo y al debér?
Los sangrientos caractéres
de este aciago pergamino
no os abonan de contíno
tan solo como à mugeres?
Pensasteis ambas tal vez
que hiciesen mis iras vanas
lo prolijo de mis canas,
lo rugoso de mi tez?
No por Dios: mi antiguo brío
no tan presto me abandona,
ni vá conmigo Tizona
para solo adorno mio.
Mas nunca á tanto desciende
quien á ser noble se obliga,
y no es bien que el mundo diga
que me humilla quien me ofende.
Y aunque à esos viles pecheros
verdugos matar debieran,
pesàrame que dijeran,
que no tuve caballeros.
Hija (*alzándola del sitial*), vuelvo á ser el Cid,
que menos no me está bien:
¡éa! tu esfuerzo preven
para el trance de la lid.
Yo haré ver à los estraños
que el honor nunca envejece,
y que en mí la fuerza crece
con el peso de los años.
Al templo vamos los dos, (*alejándose ya*)
y allí alzarás, tras el duelo,
tus nuevos votos al Cielo
ante la imàgen de Dios.

SOL. Buen padre! que esto averiguo!
¿Vos sujetarme á otro enlace?

CID. El duelo es ley, que deshace,
por fuerza propia, el antiguo.
Yo, con fé en el corazon,
al juicio de Dios apelo.

Esclava ha de hacerte el duelo,
ó princesa de Aragon.

SOL. Y muerta no, padre amado?
que menos mal me estaría.

CID. Mañana, al lucir del dia,
saber hé lo que has pensado.

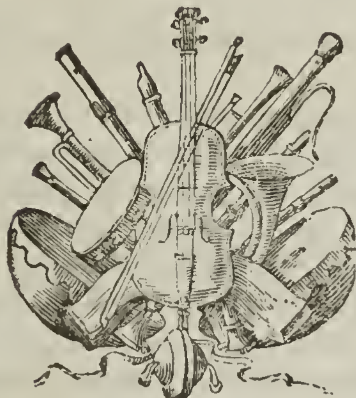
SOL. Y en tanto á nadie hablaré?

CID. A uno solo es condicion.

SOL. (*con viveza*) Oh! nombradle.

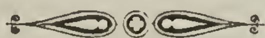
CID. Tu campeon.

SOL. (*pausa*) Mañana os contestaré.





ACTO TERCERO.



Salon de armas en el palacio del Cid, con dos puertas, una suntuosa, otra secreta.—Adórnanle varios grupos de armaduras, y algunos trofeos y pendones de la media-luna: en el centro habrá un crucifijo, y ante él una lámpara casi apagada.

ESCENA I.

DIEGO *y* **FERRÁN**, *saliendo embozados por la puerta principal.*

Diego. Ferrán, decídete presto,
que es ya penosa la duda,
y habrá de pesarnos harto,
si nuestro intento * se frustra.
Ferrán. No pensé que del Alcázar
saliesen, sino à la lucha,
teniendo dentro capilla
donde rezar por sus culpas.
Mas aun hay tiempo bastante
de darles muerte segura.
Diego. Hable el puñal, y silencio.
Ferrán. El tuyo con tiento aguza,
que este es de ley, y en mi mano
completo triunfo me anuncia.
Con él de Ordoño Bermúdez
paré la insolente furia,
cuando en duda poner quiso
mi decision y la tuya.
A bien que tú me ayudaste;

* Histórico.

ya el resto sabes.

DIEGO. Escucha:
escasas restan tres horas
a nuestra empresa, y si burlan,
aun sin saberlo, el proyecto...
yo no abono las resultas.
Y pues aquí penetramos,
sin que las guardias nocturnas
turbasen nuestro camino,
ni nos viesen las escuchas;
tentemos ya, si es posible,
salir de esta cuadra oscura,
no el Cid castigue primero
nuestra altivez con usura.

FERRÁN. Sí, que arrojo fué sobrado:
mas un deseo me punza,
y quiero, por lo que importa,
que á todo trance se cumpla.
(*Mira en derredor suyo, por la oscuridad.*)
A qué á Palacio vinimos,
la daga al puño desnuda?
Solo á hundirla en los contrarios,
que así nuestro nombre insultan.
Y viniendo de Bermudo,
que tan noble es nuestra cuna,
no ha de ser que hoy este duelo
nuestros blasones desluzca.
Que al cabo... pueden vencernos,
y fuera ignominia suma.

DIEGO. Mejor es que á nuestros golpes
los tres á la vez sucumban,
y asi salvamos el riesgo;
mas un recelo me ocupa.
Doy que cerremos con ellos;
que mueran: si se divulga
la mas remota sospecha,
si de traicion nos acusan,
morimos alevemente,
sin tiempo acaso à la fuga.
Esto en verdad mancharía
torpemente nuestra alcurnia,
que al fin el desman del bosque, (*con ironía*)
así el Señor me confunda,
si lo aprecio en un ardite,
ò en mas que inocente burla.

FERRÁN. Cómo, Conde! esos temores,

que á tal estremo te angustian,
¿de cuándo en tu pecho anidan,
si no los tuviste nunca?
La trama que ahora proyecto
parciales nuestros secundan,
y, aunque pocos, ellos solos
nuestra victoria aseguran.
A los tres competidores
llamarémos con industria,
y en tanto que, á fuer de leales,
movidos de honor acudan,
ya el palenque pisarèmos,
la firme lanza en la cuja.
Deudos tengo, que, á este punto,
les han de abrir sepultura,
en sazon que divulguemos,
que de cobardes se ocultan.
En vano ha de ser entonces
que el Cid recuerde su injuria.
Si vá á Toledo, el monarca,
que antiguo rencor sepulta,
quizá sus quejas desoiga,
y puede que en tanto Búcar
divierta empeño tan terco
hácia empresas mas fecundas.
Esto resuelvo; si temes,
desiste por parte tuya,
que yo, teniendo un contrario,
me ocupo solo en su busca.
A Dios: saldré como pueda,
me encomiendo á mi fortuna.

DIEGO. Tente, Ferrán, que te sigo;
la suerte de ambos es una.

FERRÁN. Ganemos tiempo.

DIEGO. Pues guia.

FERRÁN. Mas por San Jorge, ¿no escuchas
pisadas que aquí se acercan?

DIEGO. Si, por Dios; que no trasluzcan
nuestros pasos.

FERRÁN. ¿Tú no alcanzas
quién ser puede el que asi cursa
el Alcázar esta noche?

DIEGO. No á mi fé.

FERRÁN. (*con misterio*) Pues por mis culpas,
que recelo de mi esposa:
¿no me entiendes?

*

DIEGO. ¡Oh! sin duda:
Mas ¿qué quieres?
FERRÁN. Si te place,
darle á él muerte.
DIEGO. Ya es locura
ponernos tanto á peligro:
los nuestros su oficio cumplan.
(*escuchando*) Ni viene á la cuenta solo.
FERRÁN. Vamos, pues.
DIEGO. Hágase en suma
lo del partir, que me place;
pero—acabo pronto— escucha:
No dijiste que tu esposa....
FERRÁN. Si, sí, entiendo: mas tú juzgas
que celos logre inspirarme,
por mas que infiel me repudia?
DIEGO. Zelos, no; mas, aunque frio,
si afectàndolos la acusas,
tal vez eso en mal la ponga,
y abone nuestra conducta.
FERRÁN. (*despues de un momento*) Te comprendo: al Cid irémos,
y ahora, Diego, el rostro oculta,
y hable el puñal á la postre,
firme el pie, la lengua muda.

ESCENA II.

ROGERIO. XIMÉN.

ROGERIO. Aquí, Ximén: dicha es mia
llegar en sazon al cabo;
¿qué querrá Sol de su esclavo,
cuando asi á llamarle envía?
Será que venga por mí,
movida al fin de piedad?
Gran Dios! si fuese verdad
que el amor la arrastra aquí!
Si alguna débil centella
para mi amor reservó,
¡con qué arrojo entonces yo
volaré á la lid por ella!
Mas es pensamiento loco
juzgar de mi amor así,
que, aunque valgo mucho en mí,

para Sol aun valgo poco.
Hoy la veré: seductora
brillará en la oscuridad,
y admirando su beldad,
hallaráme aquí la aurora.
Quizá muy pronto, Ximén,
podré firme amor jurarla,
y puede que para amarla
me dé licencia tambien.
Recordará que por ella
dejé al rey qne defendí,
y de Xátiva partí
para solo merecella.
Mas oye: si hiciere Dios,
que yo fenezca en el duelo....

XIMÉN. Señor, es culpar al Cielo,
que lidia por Sol con vos.
Temeis morir esta vez
con causa como la vuestra?
No, y aunque fuese, mí diestra
venganza os dará, pardiez.

ROGERIO. Ya lo sé: mas si en estremo
tenaz conmigo mi suerte,
me dá improviso la muerte,
primera vez que la temo;
yo deseo que recibas
mi postrera voluntad,
y quiero que con lealtad
la conserves mientras vivas.
Si muero, toma la espada
de tu Señor y tu amigo,
y vaya siempre contigo,
como en sus manos, honrada.
Dí à mi padre, demas de esto,
aunque avives sus dolores,
cuál fué el fin de mis amores;
y á esos Condes, que detesto,
persíguelos con fiereza,
y en la punta de tu lanza
lleva á mi tumba, en venganza,
de mi rival la cabeza.
A mi amada dí, Ximén,
el amor que la he tenido,
y cuál mi pecho ha sentido
su heroismo y su desdén.
Dila al par que á su amador

algun recuerdo dedique,
y sus votos sacrifique,
breve espacio, á nuestro amor.
Y dila, porque mi fé
le merezca algun respeto...
dila todo mi secreto,
y sabrá cuánto la amé;
cuánto de llanto y de pena
devoré en silencio yo,
y cuán fiera me aquejó
la herida de verla agena. (*enternecido*)
Dí todo aquesto á mi amante,
y ya que mi amor rechaza,
dáte, Ximén, buena traza,
porque lo aprecie espirante.

XIMÉN. Si más no hallais que decir,
callad, Señor, por un punto,
que en vano mi esfuerzo junto
para poderos oir.
Mi lealtad teneis segura
para el caso de un azár,
mas no deis en sospechar
tan insigne desventura.
Fiad en Dios, y poned
buen concierto en vuestra mano.

ROGERIO. Es mi signo tan tirano,
que tal vez sacie su sed
que le abrasa contra mí.

XIMÉN. No á tanto estremo se irrita
hoy con vos, cuando una cita
depáraos bizarro aquí.

ROGERIO. Séame ella para bien;
mas nunca el mio sospecho.

CID. (*dentro*) Quedáos atrás buen trecho.

ROGERIO. Cúbrete el rostro, Ximén.

ESCENA III.

DICHOS. CID.

CID. Arrojo ha sido, por Dios,
llegar hasta aquí.

ROGERIO. (*mano á la espada*) ¿Quién vá?

CID. Qué os dá á vos?

ROGERIO. Hacéos allá,
ò reñirémos los dos.
CID. Para tanto sois?
ROGERIO. No sé,
mas veréislo, si venís.
CID. O quien soy no discurrís,
ó delirais por mi fé.
ROGERIO. Seais quien fuereis, dejad
libre el paso.
CID. Ved de abrirlo.
ROGERIO. Si la espada ha de decirlo,
con ella y no mas hablad.
CID. Sois, pues, noble?
ROGERIO. Lo veréis. (*riñen*)
CID. Con el Cid reñís: sed diestro.
ROGERIO. Si lo sois, aquí muy vuestro (*desembozándose*)
á Rogerio Artal teneis.
CID. Y qué os trajo aquí en cuestion?
ROGERIO (*ap.*). Muy resuelto es en pedir.
Vine solo á recibir
vuestra augusta bendicion.
CID. Esa os daré de buen grado,
que más aun que esto es mi intento.
Ola! luces al momento.
ROGERIO. Ten con la puerta cuidado. (*á Ximén, que se retira.*)

ESCENA IV.

CID. ROGERIO. M. ANTOLINEZ. GUSTIOS. ACOMPAÑAMIENTO.

CID. Venid donde las armas se confunden,
Que humillaron à cientos los pendones;
Llegad, y del prestigio que difunden
Empapad con fervor los corazones.
Del templo os traje á la mansion oscura,
Emblema de mis timbres conquistados.
¿No os sentís al mirar cada armadura
De insólito furor arrebatados?
Ved aquí lo que cumple al caballero;
De aquí tomad para lidiar corage,
Y en pós volad con el hambriento acero

En sangre á sumerjir mi indigno ultraje.
Orad: bajo esta espléndida techumbre,
Velado en el misterio, un Dios existe;
Por un punto dejó su mansedumbre,
Y héle que de su esfuerzo se reviste.
Él es quien recrudece vuestro brío,
Quien presta aliento al afligido anciano;
La causa es suya, si el despecho mio,
Vosotros los resortes de su mano.
Humilláos ante él*—Oh! tú, Dios fuerte,
* *(se postran)*
Que del mundo soportas los cimientos,
Y lo vieras así, sin conmoverte,
Resuelto á un soplo en débiles fragmentos!
Presta á los tuyos formidable dardo,
Si quier los gritos de clemencia acalles,
É infúndeles el alma de Bernardo,
Y el bélico furor de Roncesvalles.
Si lo tendreis.—Alzad: * la densa niebla
* *(lo hacen)*
El triunfo oculta que os reserva el dia.
Ya al eco de un baldon, que el mundo puebla,
Desde hoy responde la venganza mia.
Juradme que al palenque levantado
Vais por vengar el deshonor que lloro;
Juradme que este escudo no manchado (*toma el suyo*)
Podré darlo á mis hijos sin desdoro.

M. ANTOLINEZ. Señor, por él lo afirmo. *(poniendo la mano en él.)*

N. GUSTIOS. Y por mi vida. *(id.)*

ROGERIO. Por las hijas del Cid vengarlo juro. *(levantando la espada.)*
Y basta ya, Señor; que es mal nacida
La duda que abrigais, tan mal seguro.

CID. Perdon me dad, si en mi dolor extremo
Sepulto aun sin querer mis esperanzas,
Mas brotan otra vez: ya á nadie temo.
Tomad, guerreros, escoged tres lanzas. *(las toman)*
Breve espacio teneis, hasta que el guante
Arroje el juez del campo en el arena.

ESCENA V.

—

DICHOS. LOS INFANTES.

FERRÁN. Puedo hablaros, Señor?
CID. (*con dignidad*) Decid, Infante.
FERRÁN. Demanda es esta de mi nombre agena;
Mas oid: vos sabeis cómo en Toledo
Avaro nos pedisteis las espadas,
Y pródigos las dimos. No es el miedo
Quien aquí nos conduce; ni embotadas
Creais, Señor, que al punto estén las nuestras
De hacernos la defensa vana ó fútil:
Mas aunque nada teman nuestras diestras,
No reputo esta súplica de inútil.
La Joyosa y Colada que nos diste
Querémoslas, Rodrigo, en este dia;
Que si es castigo el que imponer quisiste,
Dudoso es cuya fué la alevosía.
Esto hasta aquí á los dos nos ha traido.
Para eso el duelo preparado habemos,
Y el campo doce fieles han partido,
Cuyo fallo y no mas acatatarémos.
CID. Y bien: qué me pedís? hablad en suma.
FERRÁN. No os lo dije, Señor? vuestras espadas.*
CID. (*fuera de sí*) Mis espadas! oh! no: cuando me abruma
La idea de mirarlas profanadas,
Vos las pedís con altivez tan loca,
Con lengua tan procáz y tan sin tiento?
Vive Dios, que esa súplica provoca
Mi mal condicionado sufrimiento.
(*con amargura*) Vuestras fueron, lo sé: mi bizarría
Nunca en nobles creyó tamaña fraude.
Me vendisteis los dos... y en este dia
Fuerza es ya, Condes, que mi honor recaude.
Así pagarme mi amistad tan franca!
Así las canas insultar ¡traidores!
Del hombre que en sus ímpetus arranca
Coronas á los reyes vencedores!
Asaz de mal pensasteis; y, en desquite,
Poderoso he de ser hoy á venceros,

---

* Histórico.

Sin qué mas en mis iras necesite
Que arrojar á la lid mis caballeros.
Mis espadas quereis? No habeis pensado
Que más fácil las vuestras fementidas
Podrían en mi pecho destrozado
Abrirme sin piedad nuevas heridas?
¿Quereislas? Oh! venid, si sois bastantes,
Y arrancádmelas.—No: * yendo conmigo,
* (*acaricia la suya*)
No será que á poder de los Infantes
Os conduzca esta vez vuestro Rodrigo.
Harto fuisteis un día en viles manos
De mi horrible vergüenza el instrumento.
Oh! no os apartaréis:(*la estrecha*)los inhumanos
No me han robado el postrimér aliento.
A par de él os conservo; y pues sañoso
Ganaros supe en sin igual pelea,
Vengáos y vengadme: ya es forzoso,
Que tanto deshonor borrado sea.
Oh! tomadla, à vosotros la encomiendo.

M. ANTOLINEZ. Acá traed, Señor. (*con viveza*)

CID. Purificada
Volvérmela te cumple. Id escogiendo
Vosotros.

N. GUSTIOS. La Joyosa (*la descuelga, y se la ciñe.*)

ROGERIO. (*lo mismo, y la besa*) La Colada,
Que à mi Rey en cien lides ha servido.

CID. Si venceis, para vos.

ROGERIO. (*la envaina*) Ya, pues, es mia.

FERRÁN. (*con calma*) Si pensais que á implorar hemos venido,
Engañaisos á fé.

CID. ¿Pues qué os traía?

FERRÁN. Magüer que recatarlo no debamos,
Como quiera que somos inocentes,
Pero el noble apellido que llevamos
Nos veda descubrirlo...

CID. Parad mientes
Sobre eso que ha soltado vuestra boca;
Que á estar vos más en vos, y no en mi casa,
Dijéraos por lo mucho que me toca,
Qué merece quien tanto se propasa.

FERRÁN. ¿Pensais acaso que el atroz delito,
Aun bien que deplorable, nos empece?
Creeis que tal tormento, aunque esquisito,
La muger en sazones no merece?

CID. ¿Qué decís, atrevido?

FERRÁN. No es muy sabio
Ocultar su deshonra?

CID. Basta, Conde.

FERRÁN. Sabeis que si secreto es el agravio,
Venganza mas secreta corresponde?

CID. Mas cuál agravio es ese, que os tortura?

FERRÁN. Para todos, Señor, solo un misterio.

CID. Rompedlo, pues.

FERRÁN. Mi esposa la perjura...

CID. Oh! de qué la acusais? *(con viveza)*

FERRÁN. De un adulterio.

CID. ¡Ira de Dios! * Faltábame esta afrenta!
* *(rasga la vestidura)*

ROGERIO. Dadme, Señor, que para el Conde vaya,
Y yo haré que del dicho se arrepienta,
Y su lengua impostora tenga á raya.

CID. No oseis á tal: aparte de mi enojo,
La causa de los Condes ya venero.
Lidiad, Ferrán, y con temible arrojo
Defended vuestro honor cual caballero.
El duelo me dirá, y he de apurarlo,
Si cierto es mi baldon.

FERRÁN. *(maliciosamente al Cid.)* Sin ese ahínco
Podeis en esta sala averiguarlo.
Rogerio, no falteis *(dándole la mano)*
(despidiéndose de todos) Hasta las cinco.

ESCENA VI.

DICHOS, *menos* **LOS INFANTES.**

CID. *(ap.)* En este sitio! de decirlo acaba.
Bien: verélo.—Bermúdez, tu te cuida
De avisar á la lid; en la alcazaba
Que suene la señal, y dividida
La luz del sol entonces por los jueces,
Precedido solemne juramento,
La lucha dé principio; y vuestras preces *(á los campeones)*
Alzad los tres en tanto al firmamento.
Allende los mojones, que el concurso
A siete hastas de lanza se coloque,
Y perezca al proviso, y sin discurso,
Quien tuerto hiciere en el violento choque.
*

Escuchadme y marchad.—Palabra os tom
De no trocar por prueba las espadas;
Lamedlas, eso sí, de punta á pomo,
Y quedan de sospecha aseguradas.
(A una seña del Cid, marchan todos en silencio, escepto Rogerio, que se queda al descuido.)

ROGERIO. Si vendrá...! porque el Cid, á lo que veo,
Querrá salir aquí de tanto cáos.

CID. Y vos á qué aguardais? *(reparando en Rogerio)*

ROGERIO. Templar deseo
Vuestra justa afliccion.

CID. *(con sequedad)* No, retiráos.

ESCENA VII.

CID.

(Se sienta en ademan pensativo.)

Restábame ¡ó Cielos! tan bárbara pena,
Por colmo á la acerba que tanto me hirió:
Faltaban al alma, del tósigo llena,
Las gotas amargas, que há poco apuró.



No quiera mi estrella que yo me despoje
De tanto adquirido, glorioso laurel,
Y airado en los hombres entonces arroje
Aquesta que abrigo, mortífera hiél.



¿Qué es esto, Rodrigo? por qué te acobardas?
¿Por qué desesperas del duelo mortal?
Pero ¡ah! tù, cuitado, que tanto le aguardas,
Quizá por él sepas tu afrenta fatal!



¿Y cómo ahora lavo la mancha ominosa,
Si el crímen es cierto que trémulo oí?
¡Sol mia! qué es esto? mi frente rugosa
Será que hora sufra tal mengua por tí?



Yó ¡necio! pensaba que, atenta á tu cuna,
Sabrías la joya de tu honra guardar;
Mas todas mis glorias tragaste una á una,
Y fueron cual rios que absorve la mar.



Dudar aun resuelvo: quizás en el Conde
Pudiera un esceso de férvido amor
Causar ese agravio que así al pecho esconde...
Mas él es cobarde ¿por qué no impostor?



Acaso y entonces (*con amenaza*)... Pero ¡ah! mi desgracia
Contino acibára mi inútil vivir;
A Sol aun recuerdo, que, pálida y lácia,
La marcha quería con llanto impedir.



Sí, sí; cierto ha sido: mas ¿qué hago en tal trance?
Si fuerzas tuviera, matárala á fé.
Así su ignominia quizá no me alcance....
Mas, còmo, si apenas sus crímenes sé?



Gran Dios! yo me ahogo; los miembros me hielan
Las armas que apenas acierto á mirar;
Y así sus recuerdos tenaces me celan,
Que no soy, queriendo, bastante à llorar.



De cólera tiemblo: mi brio guerrero
Renace á vengarme... Mas no puedo yo.
Feroces me cercan testigos de acero,
Mi esfuerzo postrando, que nadie postró.



En dudas conmigo cobarde relucho,
Que juzgo indeleble, si es cierto, el desliz.
Mis ojos se apagan, y al lejos escucho
Rumores que dicen: «sucumbe, infelíz».

(Se inclina sobre el escaño, vencido de la fatiga.—Sol aparece por la puerta secreta con una luz, que apaga al entrar. —A poco, empieza á amanecer.)

ESCENA VIII.

CID. SOL.

SOL. Este el sitio es: con qué miedo
piso el cabo del salon!
La luz apagar importa, *(lo hace)*
no álguien sospeche.—Ya estoy
resuelta á arrostrar con brío
los trances de mi dolor.
Parece que tarda... paso,

que allí hay un hombre.—Mi voz
sacaràle muy de presto
de su profunda absorcion.
Sin duda él será.—Rogerio. *(llamándole)*

CID. *(volviendo en sí)* Cómo! quién es? qué escuchó
mal avisado mi oido?

SOL. ¡Es mi padre! *(vá á huir: el Cid la detiene)*

CID. No: ven, Sol.
Cuando á hablarte hasta aquí llego,
no huyas mi lado por Dios.
Te he conocido, hija mia,
aun en medio del sopor,
porque te amo .. no lo sabes?

SOL. Harto, padre.

CID. Pero yo
cuenta que antes que á vosotras,
tuve en mi pecho al honor.

SOL. Padre! adónde se encamina
tan extraña conclusion?

CID. *(con amargura)* Aun no con esto adivinas
adónde ¡cuitada! voy?
tan poco juzgas que aprecio
mi noble, adquirida pró,
que en duda dejar consienta
lo terso de mi blasón?

SOL. Mas ¿qué os asalta, buen padre?
qué os acongoja, Señor,
á punto que el campo abierto
será á vuestra honra crisol?

CID. ¡Pluguiese al Cielo! que entonces
no un tormento tan atroz
sufriera hoy el pecho mio.

SOL. Mas qué súbito temor
así vuestro esfuerzo apoca,
y os perturba la razon?

CID. No son delirios los mios,
ni menos visiones, Sol;
flaqueza, sí, que me siento
sin honra y con mengua yo.

SOL. Pero, basta ya: os aqueja
quizá algun nuevo dolor?

CID. Sí: me aqueja el de mirarte;
el de oir tu impura voz.

SOL. ¡Oh Dios! qué os han dicho? luego
reveládmelo: sinó
veréis que un puñal me clavo,

sin miedo, Rodrigo, á vos.

CID. Siguiérasme á mí, que llevo
clavado uno al corazon,
y forcejo en sacudirlo
sin aliento y sin vigor.
Tú lo hundiste despiadada;
sí, tu víctima fuí yo.

SOL. Si culpada me creyese (*con dignidad*
de esa torpe imposicion,
aquí á vuestros pies muriera
por ocultarme de vos.
Mas no penseis que, aunque ajado,
tan de rota vá mi honor,
que no lo conserve puro
como los rayos del Sol.
No me humillo, padre mio,
ni á demandaros perdon,
que esa herida que os lastima,
otro os la ha abierto, yo no.

CID. Si no mintiese tu boca!
Mas dime, de quién en pós
la huella hasta aquí dirijes?

SOL. No lo pregunteis, Señor;
vos ignorais los combates
que sufro en silencio yo;
vos ignorais à qué precio
comprando mi honor estoy.
No temais aun, padre mio,
no tembleis por vuestra Sol.

CID. Tan recia y mortal sospecha
nunca á asaltarme llegó,
dado ¡infeliz! que fiaba
en tu virtud y mi amor.
Mas no sabes tú por suerte
la terrible acusacion
que, en contra tuya, ante todos
tu mismo esposo lanzó?
Y no sabes que, en mis años,
pesa mas un deshonor,
que entonces las canas nuestras
escarnio del vulgo son?
Vé, pues, hija sin ventura,
si un denuesto tan atroz
pudiera llevarlo en calma,
tan tibio y sin honra yo.

SOL. Cortad, Señor, si sois hombre,

ese llanto abrasador,
y no lo vertais medroso
por un soñado baldón.
Alléguese à mí el Infante;
que, aunque flaca muger soy,
sobrada arrogancia tengo
para llamarle impostor.
Y en fin, Señor, si es que acaso
tan poco valgo con vos,
el campo á abrirse vá presto,
y á su fallo apela Sol.

CID. (*con dignidad*) Bien: negásteme el delito,
mas voy al palenque yo,
y quiero alzar la mi frente,
sin que la empezca el rubor.
Ayer brindéte el enlace
de un Infante de Aragon,
y, á vueltas de mis palabras,
dijísteme audaz que no.
Tuerce discreta ese brío,
dame el sí, y entonces hoy
te enlazas con él, si vences,
y restauras tu opinion.

SOL. Si venzo, Señor... yo os juro
que sabréis y con dolor
la causa de esta conducta,
que tal sorpresa os causó.
Mas dispensad, padre mio,
—secretos de mi alma son—
no me insteis para otro enlace;
mi esposo elegido es Dios.

CID. Si el duelo te purifica;
que, á mi despecho sinó,
darételo, aunque lo sienta,
en mi acero vengador.

ESCENA IX.

DICHOS. ROGERIO.

ROGERIO. (*ap.*) El duelo á empezar vá presto,
y están aun juntos los dos... (*despues de un momento de meditacion.*)
Haré valer —no me importa—

los derechos de campeon.
(*al Cid*) Señor ¿os place otorgarme
licencia de hablar con Sol?

CID. Vos sois, Rogerio! (*con asombro*)
(*mirándola con enfática afliccion*) Hija mia,
qué debo decirle yo?
Díctamelo; que tú sabes
si vá ó no en ello mi honor.

SOL. Habléos harto del mio:
haced lo que os cuadre, vos.

ROGERIO. Cómo osais poner en duda,
campeon vuestro, mi intencion?
Ni aun esta vez me autoriza
para hablarla el ser quien soy,
que así me os negais, teniendo
los fueros de defensor!

CID. Razon llevais, buen guerrero;
mas vos sabeis como yo
la ofensa que se hace á un noble
cuánto pesa al corazon.

ROGERIO. Yo à quitárosla me apresto;
y á la venganza de Sol
corro ya, pues que en mi brazo
habeisla librado vos.
No temais, yo la protejo;
tan solo un instante estoy
dispuesto à hablarla aquí á solas
de lo que cumple á su honor.
Id seguro, noble anciano,
que amigo vuestro soy yo.

CID. (*ap.*) En qué de dudas me abismo!..
Entonces, Rogerio... adiós.

ESCENA X.

ROGERIO. SOL.

ROGERIO. Aquí me teneis, Señora,
á todo vuestro alvedrío:
ved si el mio
que sufra quereis agora
vuestro aceroso desvío.
Y, dado que yo me tenga
por esclavo vuestro aquí,

haced aquello de mí
que mas en talante os venga.
Prendido antes en la red,
que á mis pies miré tendida,
yo á mi herida
busqué remedio, y la sed
—si voráz, nunca estinguida—
que de amar me atormentaba,
saciar quise en vos de un sorbo,
mas fué de mi dicha estorbo
un rival que no os amaba.
Ni el esposo me atajó,
para quejas aun traeros!
pero al veros
ofendida por él, yo,
sin respeto á vuestros fueros;
dejé la viva inquietud,
que hácia vos me conducía,
por ser suficiente un dia
de amparar vuestra virtud.

SOL. Así os quiero yo; tan digno
de poner mi honor en cobro.

ROGERIO. No mas obro
(y en esto aplaudo mi signo)
como quien soy.

SOL. Ya recobro
la esperanza antes perdida;
y si mi ofensa borró
vuestro amor, hoy me doy yo
hasta por bien ofendida.
Tirana estrella se opuso
á nuestra dicha soñada,
y aunque, airada,
con mis lágrimas la acuso,
no he de oponérmele en nada.
Pero oid, Rogerio: ayer
un enlace me brindaron...
miento: el dueño me anunciaron,
cuya debo desde hoy ser.
Sin ser parte á más, pedí
breve plazo que aprovecho;
mas el pecho
vez segunda sentí aquí
rasgado en escaso trecho.
Mi buen padre hace un instante
de adulterio me acusó,

y no recabé mas yo
que el nombre del nuevo Infante.
Y, Rogerio, sazon es
de que os hable en puridad;
mi lealtad
ya mostré; mas, á través
de tanta virtud, pensad
que ocultaba el alma mia
una pasion no olvidada,
una pasion que enclavada
tenacemente tenía,
Vos pensasteis —fino amante—
que el desamor era agravio,
pero el labio
calló la pasion punzante,
de recatado y de sabio.
Hoy, empero, mis rebozos
quiero ante vos deponer,
que acaso vuestro vá á ser
mi corazon, aunque á trozos.
De este yugo que me postra
libraráme tal vez Dios,
¡ay! y en pós
vereis que todo lo arrostra
a antigua amante por vos.
Para esto os llamé al desden:
si teneis fé en vuestra espada,
decidme qué haré ¡cuitada!
cuando á ese Infante me dén.

ROGERIO. Sin ser parte á interrumpiros,
toméla tal de escucharos,
que al hablaros,
ni sé que deba deciros,
ni cómo ese amor pagaros.
Ahora, sí, que se avecina
de mi ventura el momento,
y, aunquo os pierda, ya contento
marcharé á la Palestina.
Ahora, sí, que sois la amante,
que, orillas del Turia undoso,
su reposo
vió en mi seno palpitante,
y en mi regazo amoroso.
Ah! quién me diera, Sol mia,
haberte vengado ya.
Mas... tal vez la hora será,

que ya ha despuntado el dia.
(*Vá con dignidad hácia la ventana, y volviendo á Sol, la toma por la mano, diciéndole con tono resuelto.*)
Que seas mia es mi intento
cuando el combate concluya.

SOL. Qué! ser tuya!

ROGERIO. Si: que no habrà quien, atento
à mi dicha, la destruya;
Si el juicio de Dios, no en vano,
para amarte me autoriza,
nada ya me atemoriza
para pedir hoy tu mano.

SOL. Conoceis al Cid?

ROGERIO. Sí tal,
mas no le temo esta vez.

SOL. De altivez
pecais ella sin igual.

ROGERIO. Guerrero soy de alta prez.

SOL. Mas ¡ah! no como el Infante. (*con afliccion*)

ROGERIO. Y por él me pospondrás?
Despues del duelo sabràs
si te merece tu amante.

ESCENA XI.

DICHOS, XIMÉN.

XIMÉN. Señor... (*dándole un pergamino.*)

ROGERIO. (*ap.*) Carta mi escudero!

XIMÉN. Uno diómela, á la cuenta
de Ferrán.

ROGERIO. (*que ha leido*) Hablarme intenta,
y hacerlo de caballero.
Parto al punto. (*al escudero, que se retira.*)

ESCENA XII.

SOL. ROGERIO.

ROGERIO. Sol, ya es hora
que tu pura bendicion

descienda sobre el campeon,
que á hacerte vá vencedora.
Y no aventuro en jurarte
—así de la mia espero—
que no habrá contrario acero,
que sea á vencerme parte.

SOL. Tal de vos siempre esperé,
mas ved si á la cita vais,
que puede que lo sintais.

ROGERIO. Desarmado estoy?

SOL. No á fé,
mas un recelo sepulto...

ROGERIO. Sol! no enerves mi valor,
que puede perder tu honor,
si à mis contrarios me oculto.
Nada temas por mi vida,
pues, yendo la tuya en ella,
yo prometo no perdella,
ni consentilla ofendida.
Adios: eleva por mí
tu purísima oracion. (*Váse*)

SOL. Partió ya: mi corazon
le rinda esa ofrenda aquí.

ESCENA XIII.

SOL.

(*Se postra conmovida, y dirige su plegaria á la imágen del Crucificado.*)

Si ya, Señor, cumplidos tus enojos,
Merezco á tu bondad ser escuchada,
Recibe mi plegaria, entremezclada
Con el llanto que mana de mis ojos.
Tú solo, á cuyo esfuerzo son despojos
Los astros de la bóveda azulada,
Victoria puedes dar á la cuitada
Que á los pies de tu altar yace de hinojos.
No me arrojes de tí, que te demando
Victoria para el hombre, que mil vidas
Por mí, que le desprecio, está arriesgando.
Y si han de ser mis lágrimas perdidas,
Si yo de pecadora no te ablando,
Recuerda, no las mias, tus heridas.

ESCENA XIV.

—

SOL. BERMUDEZ.

BERMUDEZ. (*ajitado*) Perdona, si te interrumpo:
mas ¿viste á tu defensor?
SOL. Por él esprime el dolor
este llanto en que prorrumpo.
BERMUDEZ. Y cuándo salió de aquí?
SOL. Há muy poco. Mas qué es ello?
BERMUDEZ. Que está amagando su cuello
traicion vil que descubrí.
Y adónde fué?
SOL. Juzgo yo
que á la tienda de Ferrán:
vió una carta con afan,
y, en leyéndola, partió.
BERMUDEZ. Ay! à un hondo precipicio.
Ignoras que los Infantes,
no creyéndose bastantes
á sostenerse en el juicio,
traman la muerte alevosa
cada cual de su contrario?
SOL. (*con viveza*) Oh Dios mio! es necesario
salvarlos de ella.
BERMUDEZ. Rebosa
de furor mi corazon.
Mas ¿qué haré?... la hora fatal...
(*despues de un momento*) Pero ¡ah! daré la señal,
y deshago la traicion.
(*Vá á la ventana, y toca una bocina, á la cual responden mas lejos algunos clarines.*)
Atento al primer tañido,
cada cual irá à la tela.
Hélos ya, que dan de espuela,
y al campo el rumbo han torcido.
Ah! salvéos. Lidiaréis:
ya no háy mas prueba que el duelo;
acòrraos en él el Cielo,
si merecido lo habeis.
No quiero, no, presenciar (*al medio del foro*)
el combate que era mio.
Ven: en mil dudas porfío
que tú debes disipar.

Vé si mi angustia desechas,
que de oir á los Infantes
fluctúo en, bien que inconstantes,
porfiadoras sospechas.
Sabes ya tu acusacion?

SOL. Si. (*con resolucion*)

BERMUDEZ. ¿Y la aceptas?

SOL. Ténte á raya,
que yo me soy atalaya
de mi mismo corazon.

BERMUDEZ. Y dime, nunca has sentido
más amor que el de tu esposo?

SOL. Si lo tuve, y caudaloso,
lo he, dentro el alma, escondido.
Sé que hasta en breve le debo
la fé de consorte honrada,
pero no han perdido nada
en mí los timbres que llevo.

BERMUDEZ. Plegue á Dios! mas no le adoras
al que tú causa defiende?

SOL. Tiempo há que no.

BERMUDEZ. Pues pretende
tu mano, por si lo ignoras.

SOL. Él! (*con asombro*)

BERMUDEZ. Él, sí: no le conoces?

SOL. No mas como caballero.

BERMUDEZ. Pues mas es que aventurero.
Mas paso... Lejanas voces
percibo en confuso ruido.

(*Rumores populares, que se van aproximando.*)

SOL. Sí, sí: el fin fué del combate.

BERMUDEZ. Sol mia... mi ardor me abate...
Si habrán los nuestros vencido?
Si infames siempre serémos?

SOL. Ah! si el hado me es fatal,
clava en mi pecho un puñal.

BERMUDEZ. Oye: el pregon: escuchémos.

Una voz dentro.—«*Sepan todos: que, por solemne decla-*
«*racion del Juez y Fieles del Campo, é despues de leal due-*
«*lo, han sido declarados por alevosos, á faz de todos, y, otro-*
«*sí, en el mismo palenque de su vencimiento, los Condes de*
«*Carrion, D. Ferrán Gonzalez y D. Diego Gonzalez, con*
«*mas su tio D. Suero; é por ende quedan sus tierras de Car-*
«*rion en podér de la Corona, é las fijas del Cid, Doña El-*
«*vira y Doña Sol, purificadas del tuerto cometido en ellas,*

«é excluidas de todo mal fecho, nin perjurio que se les ca-«lunie.« (*Se repite despues el pregon, sin apenas percibirse. —Victoréa el pueblo.*)

SOL. Gracias, Señor! * no cabía
* (*alzando los ojos al Cielo*)
menos de piedad en vos.

BERMUDEZ. Mudo estoy del pasmo.

SOL. ¡Oh Dios!
Mi padre! * Señor...
*(*avanzando á él, en cuyos brazos se arroja.*)

ESCENA ULTIMA.

DICHOS. CID. ROGERIO. ANTOLINEZ. GUSTIOS. IÑIGO. XIMENEZ. OCHOA. PEREZ. ACOMPAÑAMIENTO.

CID. (*abrazando á su hija*) Sol mia!
Toma este abrazo que afanas,
pues ya recibirlo puedes.
Ya en nobleza no les cedes
á las nobles castellanas.
De hoy mas paren atencion
los que quieran injuriaros;
verán que sabeis vengaros,
à toda ley, sin traicion.
No sé, á manos del placèr,
como esta vez no sucumbo,
cuando ha tomado tal rumbo
mi honor que creí perder;
que si en sangre los Infantes
su torpe mano empaparon,
á torrentes derramaron
la suya, bien que arrogantes.
Oh! Salvé mi inclito nombre
del borron que le amagó;
muera ya lidiando yo,
en buena guerra, como hombre.
Tú á Toledo vé, y, bizarro, (*á Ordoño*)
cuenta mi victoria al Rey.

(*Se adelanta con nobleza Iñigo, á quien ha hablado antes Rogerio en secreto.*)

IÑIGO. Señor, noticiarla es ley
al de Aragon.

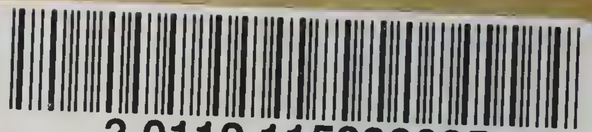
OCHOA. Y al Navarro.
IÑIGO. Y os cumple demas, pues vimos
que dísteis al duelo cima,
decirnos, si os es de estima
el mensaje que trajimos.
CID. De tanta como merece.
(*á Ochoa*) Al de Navarra decid,
que, honrado ya, su hija el Cid
erguidamente le ofrece.
Tú, Sol, por mí le contesta
al noble rey de Aragon:
mas... piensa en tu condicion, (*con énfasis*)
para acertar la respuesta.
SOL. Señor, en llanto anegada
me tiene el haber de hablaros,
que sé que ha de disgustaros
mi resistencia obstinada.
Mi vida, y más aun, daría
por adorar al Infante,
pero es, Señor, mas pujante
que mi razon, mi hidalguía.
Mensajero, el vuestro sea
decir al Rey que venero,
que un monasterio prefiero
al enlace que deséa.
CID. Cómo, Sol, y esto propones?
SOL. Perdonad: más lo deploro
que vos.
CID. Y por tu decoro
ni aun dás de tu error razones?
SOL. Con una antigua pasion
¡ay! quizà mi estirpe mancho.
CID. Y á quién amaste? (*con furia.*)
ROGERIO. (*adelantándose con dignidad*) A D. Sancho,
al Infante de Aragon.
SOL. Vos sois! (*con admiracion*)
CID. (*sin inmutarse*) Pluguiérame asaz
que la hubiérais merecido;
mas, habiéndola rendido
adoraciones de audaz,
mis furores mereceis.
ROGERIO. Noble como soy, Señor,
he respetado en mi amor,
el que á vuestra honra teneis.
Ni, sinò, yo me aviniera,
magüer que en enlace igual,

á unirme à un amante, tal
que al debér perjura fuera.
Tiempo há, Señor, que devoro
la pasion que hube abrigado,
sin haber nunca salvado
las represas del decoro.
Amé á Sol, cuando podía
su cariño pretender,
y nunca llegó á saber
quién el alma la rendía.
Hoy, empero, que su amor
probé, y tambien su virtud,
mirad si por gratitud
la adoraré, y por honor.

Cid. Dadme los brazos, Infante. (*se abrazan.*)
Pues del Rey desciendes ya, (*á Sol*)
la mano al Infante dá.

Rogerio. A él, no, Sol, sino al amante.
(*Se dán las manos, y cae el telon.*)




3 0112 115883685